



Abuelos y abuelas... para todo:
percepciones en torno a la educación
y el cuidado de los nietos

Abuelos y abuelas... para todo: percepciones en torno a la educación y el cuidado de los nietos



Abuelos y abuelas... para todo: percepciones en torno a la educación y el cuidado de los nietos

Ignacio Megías Quirós, Juan Carlos Ballesteros Guerra



© FAD, 2011

Edita:

FAD
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción
Avda. de Burgos, 1 y 3
28036 Madrid
Teléfono: 91 383 83 00
Fax: 91 302 69 79

Autores:

Ignacio Megías Quirós
Juan Carlos Ballesteros Guerra

Trabajo de campo cualitativo:

Sociológica Tres
Calle Narciso Serra, 14 – 28007 Madrid

Diseño y maquetación:

Quadro
Plaza de Valencia, 9 – 28523 Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Impresión:

Ancares Gestión Gráfica, S.L.
Calle Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 – 28021 Madrid

ISBN:

978-84-92454-18-1

Depósito legal:

M-43460-2011

JUAN CARLOS BALLESTEROS GUERRA

Licenciado en Sociología (UCM) y especialista en investigación social aplicada y análisis de datos (CIS). Codirector de Sociológica Tres, instituto de investigación social y opinión pública. Profesor en la Universidad Complutense de Madrid y en el Centro Universitario Villanueva.

Autor o coautor de numerosas publicaciones entre las que destacan *Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres* (Fundación “La Caixa”, 2007); *Docentes o maestros: percepciones de la educación desde dentro* (FAD, 2008); *Las drogas ilegales entre los jóvenes de Castilla-La Mancha: discursos desde los consumos de cannabis y cocaína* (FISCAM, 2008); *Ocio (y riesgos) de los jóvenes madrileños* (FAD, 2009); *Bienestar en España. Ideas de futuro desde el discurso de padres y madres* (FAD, 2011).

IGNACIO MEGÍAS QUIRÓS

Investigador social. Amplia experiencia en investigación cualitativa, con estudios fundamentalmente centrados en el campo de la juventud, el ocio, la cultura, el consumo y las drogas. Labores de docencia y elaboración de materiales didácticos para expertos en juventud (INJUVE, UNED, UOC, FAD, UCLM...).

Autor y coautor, entre otras publicaciones, de *Jóvenes y relaciones grupales* (FAD-INJUVE, 2002); *Hijos y padres: comunicación y conflictos* (FAD, 2002); *Jóvenes entre sonidos* (FAD-INJUVE, 2003); *La percepción social de los problemas de drogas en España 2004* (FAD, 2004); *Jóvenes y sexo* (FAD-INJUVE, 2005); *La brecha generacional en la educación de los hijos* (FAD, 2005); *Jóvenes, tiempo libre y consumos de drogas* (FISCAM, 2005); *Jóvenes y cultura messenger* (FAD-INJUVE, 2006); *La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad* (FAD, 2008); *Discapacidad y consumo* (CERMI CLM, 2009); *Valores sociales y drogas 2010* (FAD, 2010); *Bienestar en España. Ideas de futuro desde el discurso de padres y madres* (FAD, 2011).

ÍNDICE

1. Introducción	7
2. Notas metodológicas	15
1. Diseño	15
2. Desarrollo del trabajo de campo	19
3. El rol de abuelos y abuelas, y los “nuevos tiempos”	21
4. Responsabilidad, educación y disfrute	39
5. Obligación y límites	57
6. La clave diferencial: cuando el cuidado de los nietos es una responsabilidad habitual	69
1. Abuelos y abuelas que están al cargo de los nietos (os cuidan a diario)	69
2. Abuelos y abuelas que no están al cargo de los nietos (no los cuidan a diario)	73
7. La relación con los hijos (que ya son padres y madres)	79
8. Conclusiones	93
Bibliografía citada	99

CAPÍTULO UNO

Introducción

Pocos días antes de que tuviera lugar la Huelga General convocada por los principales sindicatos nacionales para el 29 de septiembre de 2010, el Secretario General de UGT en Andalucía, Manuel Pastrana, señalaba desde las páginas del diario *El País* la consigna de “que los abuelos participen en la huelga sin atender ese día a sus nietos, porque son una parte fundamental para el funcionamiento del país”¹. Esta declaración, elevada a nivel de noticia, se constituye en ejemplo perfecto de cómo en la actualidad se asume que los abuelos y abuelas suponen un eslabón esencial en el engranaje social y económico. Tal es nuestro punto de partida y, en función del mismo, nos adentraremos en la realidad de los discursos que se esconden tras él.

Desde hace varios años, a la luz de los nuevos modelos familiares, las dificultades para conciliar la vida familiar y laboral de los padres, y sobre todo las madres (en un país en el que el empleo parcial es menos frecuente que en el resto de la UE), la coyuntura económica y la estructura de valores sociales, hacen que colectivamente se asuma el hecho de que los abuelos y abuelas desarrollan una labor básica en nuestra sociedad. Y no es que esa idea no existiera antes, pues los abuelos siempre han sido un referente familiar, educativo y social; pero lo cierto es que en la actualidad su presencia, fundamentalmente en relación con el cuidado de los nietos, es mucho más palpable y directa, afecta y repercute en las condiciones materiales y económicas de las familias, y da un cierto alivio en los ritmos y exigencias de padres y madres.

1. *El País*, 17-09-2010; pág. 17.

En la investigación *Doble dependencia: Abuelos que cuidan nietos en España*, finalista de los Premios Caja Madrid de Investigación Social 2009, se señala que no llega a uno de cada cuatro la proporción de abuelos españoles que cuida de sus nietos (el 22,07% exactamente), lo que situaría a nuestro país a la cola de los países europeos, en los que dicha labor es realizada por una media de uno de cada tres (38,61%).

Sin embargo, mientras que los europeos invierten cinco horas en ello, los abuelos y abuelas en España dedican más de siete horas al día. Es decir, que el fenómeno de los abuelos y abuelas que cuidan de sus nietos es común en el conjunto de Europa y en España se presenta con una frecuencia algo menor, pero cuando se da entre nosotros lo hace con una intensidad y dedicación bastante mayor: se ocupan de los nietos menos abuelos y abuelas que en otros países, pero lo hacen con mayores niveles de dedicación y responsabilidad².

El IMSERSO, dependiente de la Secretaría General de Política Social y Consumo, nos ofrece más datos respecto a las personas mayores de 65 años en relación con el cuidado de sus nietos³:

- El 37% de los abuelos y abuelas en España tiene contacto diario con los nietos, un 17% varias veces semana, el 7% una vez semana, y un 7% no tiene ningún contacto (Figura 1.1).
- La mitad de los abuelos cuidan a sus nietos casi todos los días (unas décimas más en hombres que en mujeres)⁴, y el 45% casi todas las semanas (Figura 1.2).
- Los abuelos comienzan a atender a los nietos con más frecuencia que las abuelas, pero las abuelas los cuidan más tiempo: 6,2 horas al día las mujeres por 5,3 horas al día los hombres⁵.

En otro orden de cosas, a la hora de analizar el papel de los abuelos respecto a sus nietos es necesario considerar, además de su edad y estado de salud, cuestiones

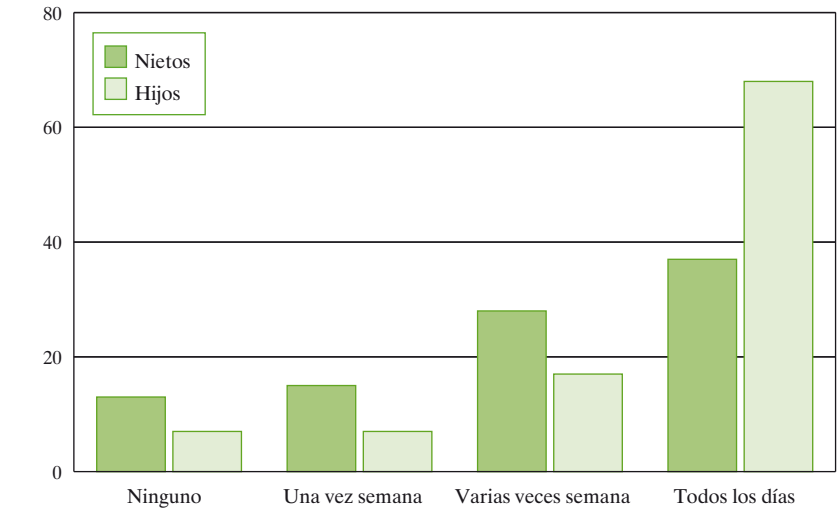
2. Badenes, N. y López, M.T. (2010). *Doble dependencia: Abuelos que cuidan nietos en España*. Madrid: Civitas.

3. IMSERSO (2010). *Encuesta Mayores 2010*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social, Secretaría General de Política Social y Consumo.

4. Queremos hacer notar que este dato podría representar una variación sustancial respecto al señalado en la investigación de Badenes y López (2010), si bien en la misma no se hace referencia concreta a la periodicidad diaria; por otro lado, en los datos que ofrece el IMSERSO es importante señalar el matiz que implica la periodicidad “casi” diaria.

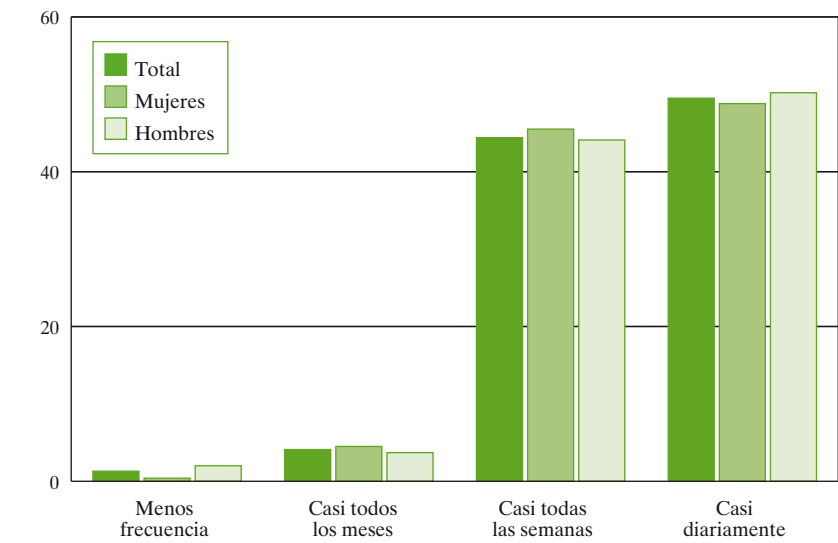
5. Datos que estarían por debajo de lo que señala la citada investigación de Badenes y López (2010).

FIGURA 1.1
Contacto diario de los abuelos con la familia



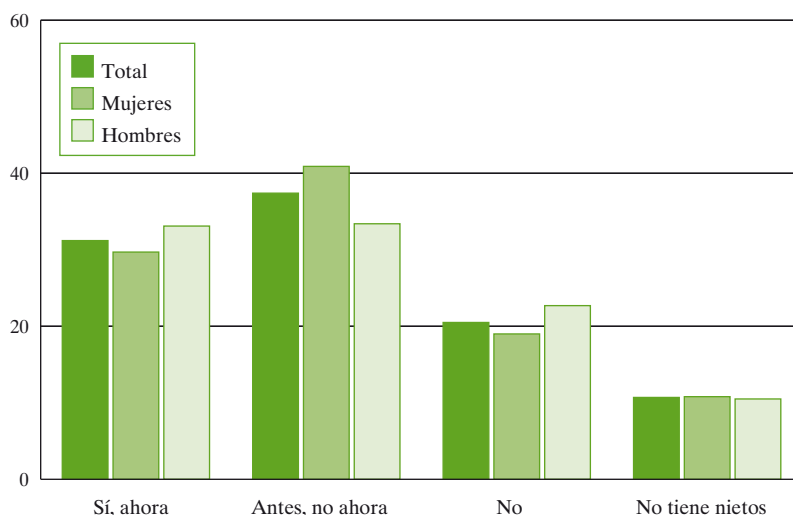
Fuente: IMSERSO, 2010.

FIGURA 1.2
Frecuencia con la que los abuelos cuidan de los nietos



Fuente: IMSERSO, 2010.

FIGURA 1.3
Abuelos que cuidan de los nietos, según sexos



Fuente: IMERSO, 2010.

como su situación de convivencia y la edad de los nietos. Ambas variables fueron tenidas en cuenta a la hora de diseñar los grupos de discusión que sustentan este estudio (como se verá en las *Notas metodológicas*, capítulo 2), y sobre ambas variables también existen datos significativos.

Por un lado, en Badenes y López (2010) se señala que “se ha comprobado que los abuelos que viven solos cuidan menos a sus nietos que los que viven con alguien más. Esta circunstancia puede estar generando un círculo vicioso de soledad: los abuelos que están solos en su convivencia con adultos (amigos y familiares), están también más solos en lo que se refiere a compartir el tiempo con sus nietos. También puede estar ocurriendo que los mayores que tienen nietos pero viven solos encuentran más difícil el hacerse cargo de responsabilidades: las personas mayores que no conviven con otra persona consideran que les es más difícil cuidar de los nietos, y asumen en menor medida esta responsabilidad”⁶. En otro sentido, y contrariamente a lo que cabría esperar, también se afirma que los casos en los que existe convivencia de los abuelos con hijos y nietos “arrojan un valor medio de

6. *Op. cit.*; pág. 136.

horas de cuidado menor que cuando la convivencia no se da (...) Esta situación también podría venir explicada por el hecho de que en los casos en que los abuelos comparten el hogar con los nietos, los mayores presentan un nivel de dependencia mayor que los que viven de forma separada, y ese nivel de dependencia les incapacita para hacerse cargo de los nietos”⁷. Quizás pasa por alto esta suposición el hecho de que la fuerte crisis económica ha provocado que no pocas familias regresen al hogar de los abuelos, en muchos casos en situación de paro (cuando menos de un miembro de la pareja) y, por ello, con más tiempo para cuidar de sus hijos. En cualquier caso, veremos si los discursos de los abuelos y abuelas encajan con estos datos.

Por otro lado, atendiendo a la edad de los nietos, la citada investigación muestra que “es una variable que tiene gran poder explicativo en la probabilidad del cuidado por parte de los abuelos. Así, los abuelos que tienen al menos un nieto en el tramo de edad de 0 a 3 años tienen mucha más probabilidad de ser cuidadores que los que no cuentan con nietos en ese tramo de edad. Al contrario, cuando los abuelos cuentan con algún nieto en el tramo de edad de 10 ó más años, la probabilidad de ser cuidadores desciende de forma muy significativa”⁸.

Al hilo de esta apreciación nuestro trabajo se centrará en los abuelos con nietos menores de 10 años. En cualquier caso, lo cierto es que el de los mayores es un colectivo potencialmente dependiente y perceptor de cuidados pero que, al mismo tiempo, cuida de otras personas (la “doble dependencia” a la que hacen referencia Badenes y López, *op.cit.*). Incluso es posible constatar cómo, en ocasiones, los cuidados de abuelos a nietos se dan en hogares en los que la salud de los abuelos no es la mejor para contar con niños a su cargo.

De todas formas, parece que esta situación de doble dependencia se torna conflictiva cuando las responsabilidades adquiridas no son una opción voluntaria de los abuelos sino una alternativa obligada ante la situación familiar. Como señalan Badenes y López, “se puede afirmar que más que la disposición voluntaria de los abuelos al cuidado de los nietos parece ser la necesidad de los hijos lo que explica el cuidado de los nietos por parte de los abuelos. La independencia laboral de los hijos es un determinante fundamental del cuidado: los hijos con menor disponibilidad de tiempo en función del contrato en el que se emplean dejan más a sus hijos a cargo de los abuelos. En cambio, ni la mala salud ni las dificultades económicas de

7. *Op. cit.*; pág. 85.

8. *Op. cit.*; pág. 94.

los abuelos frenan el que adquieran la responsabilidad del cuidado de sus nietos”⁹. Es entonces cuando el disfrute de los nietos puede transformarse en una evidente sensación de carga.

El presente estudio aborda los elementos que construyen esta compleja realidad, pero desde la autopercepción de los propios protagonistas: ¿Ha cambiado el rol social y familiar de los abuelos y abuelas? ¿Cuál es su papel como educadores? ¿Cómo es la relación con sus nietos? ¿Y con sus hijos? ¿En qué ha afectado a sus vidas ser abuelos y abuelas?

El análisis estará dividido en cinco bloques fundamentales.

En primer lugar se aborda el papel de los abuelos y abuelas en la actualidad, analizando cómo la gente mayor percibe su rol a partir de sus expectativas previas, las necesidades actuales, y la imagen y los referentes que tenían de quienes fueron sus propios abuelos y abuelas.

En segundo lugar se afronta de forma más directa el análisis del rol respecto a los nietos, la encrucijada entre las responsabilidades como cuidadores y educadores y la propia necesidad de disfrutar de una nueva etapa de la vida, pretendida e idealmente más relajada y descomprometida.

El tercer bloque profundiza en la manera en que la asunción de esas responsabilidades deriva en un sentimiento de obligación, real o no pero en cualquier caso sentida, que sitúa a los abuelos y abuelas en un plano bien distinto al conformado por las tópicas expectativas de disfrute de los nietos. Es en este plano donde surge la necesidad de poner límites y acotar las responsabilidades, fundamentalmente ante los padres de esos nietos (los propios hijos). Cómo se realiza tal cosa en una sociedad angustiada por la precariedad del mercado laboral y volcada en el consumo será objeto de análisis esencial en el capítulo 5.

La cuarta parte diferencia las circunstancias y los discursos de los abuelos y abuelas en función de una variable que sin duda resulta ser esencial: que se tengan que

9. *Op. cit.*; pág. 144. En esta misma publicación se refleja cuál es el estado de autonomía de los mayores que cuidan nietos frente a quienes no los cuidan, dejando claro que entre quienes lo hacen existen proporciones (minoritarias pero significativas) de personas mayores con problemas de depresión, Parkinson, Alzheimer, o problemas a la hora de dormir, orientarse, cocinar, ducharse, manejar el teléfono, vestirse o manejar dinero (págs. 86-90). Incluso afirman que “cuando el encuestado declara encontrarse peor, las horas que se cuida a los nietos son mayores que cuando la salud es mejor. De nuevo nos planteamos cuál es el origen de la situación: abuelos que declaran encontrarse mal, cuidan más intensamente a sus nietos, entonces ¿es que encontrándose mal, sus hijos necesitan de su ayuda e ignoran su estado de salud y dejan a su cuidado a los nietos? ¿o es que el cuidado de los nietos genera un desgaste a los abuelos que les hace declarar un peor estado de salud.” (pág. 142).

hacer cargo habitualmente de sus nietos o que sólo los vean de forma más o menos regular (es decir, la dimensión de las responsabilidades en relación con el cuidado y la educación de los menores), algo que remite siempre a la variable socioeconómica como condicionante y referente básico.

Finalmente abordaremos cómo todas estas cuestiones influyen en la manera en que los abuelos establecen la relación con sus hijos e hijas, y el hecho de que esa relación entre en una nueva dimensión (si así ocurre) a partir del nacimiento de los nietos.

CAPÍTULO DOS

Notas metodológicas

El estudio está basado en técnicas de investigación cualitativas, sin duda adecuadas para explorar las expectativas, los deseos, los referentes y las autopercepciones de los abuelos y las abuelas. Fundamentalmente el grupo de discusión, técnica ya clásica y largamente empleada en estudios de este tipo; pero complementada con la técnica de los grupos T o grupos terapéuticos, que ofrecen un enfoque algo menos ortodoxo y más centrado en la confrontación de dos colectivos de interés para el estudio, en este caso abuelos/abuelas y padres/madres.

1. DISEÑO

Se realizaron seis grupos de discusión, cada uno de ellos compuesto por ocho personas que no se conocían entre sí. Las principales variables consideradas fueron las siguientes:

A. Grado de ocupación de los padres: variable introducida en base a la hipótesis de que el hecho de que tanto padre como madre trabajen fuera del hogar familiar provocará una mayor necesidad de que otras personas cuiden de los hijos en los momentos en que ellos no pueden hacerlo, y que los abuelos y abuelas ocupan un destacado papel en ese sentido. Así, en los grupos de discusión se diferenció entre familias en las que sólo trabaja un miembro de la pareja o trabajan ambos.

B. Edad de los nietos: se diferenció entre nietos menores de cinco años y nietos de cinco a diez años, edades que procuran atenciones distintas, y estrategias educativas diferentes¹.

1. La condición era “tener algún nieto/a menor de cinco años” o “tener algún nieto/a entre cinco y diez años”, con independencia de que los tuvieran otros de otras edades.

A partir de estas dos variables principales, se consideraron otras como:

- Que los padres tuvieran, o no, una persona contratada para cuidar de sus hijos en los momentos en los que ellos están ausentes (*canguro*, *niñera* o similar).
- Clase social: en dos grupos se forzó la clase social (baja/media-baja y alta/media-alta), en base a la capacidad adquisitiva y el nivel sociocultural. En el resto de grupos no se forzó, siendo la clase media la tónica general y generalizable.
- Localidad: grupos realizados en Barcelona, Oviedo y Sevilla.
- En un grupo se forzó que los abuelos y abuelas convivieran con sus hijos y nietos, por la perspectiva diferencial que sin duda arrojaría.
- Todos los grupos fueron mixtos, cuidando la proporción entre géneros (cuatro abuelos y cuatro abuelas).

GRUPOS DE DISCUSIÓN	
TRABAJAN PADRE Y MADRE (DE LOS NIETOS)	SÓLO TRABAJA UN MIEMBRO DE LA PAREJA
Nietos/as de 5 a 10 años	
• Padres sin canguro. Barcelona • Padres sin canguro. Clase baja/media-baja. Oviedo	• Padres sin canguro. Los abuelos conviven con sus hijos/nietos. Sevilla
Nietos/as de 0 a 5 años	
• Padres con canguro. Barcelona	• Padres con canguro. Clase alta/media alta. Sevilla • Padres con canguro. Oviedo
Cuando no se indica otra cosa: clase media y situación de no convivencia con los nietos.	

Es importante señalar que, *a posteriori*, la variable que resultó más potente y explicativa (como deja patente el análisis) es la referida a la distinción entre los abuelos y abuelas que están al cargo habitual de sus nietos y aquéllos que no lo están (ven a esos nietos con más o menos regularidad pero no a diario o prácticamente diario). Variable compleja que incluye tres de las básicas consideradas (que trabajen uno o los dos miembros de la pareja, que tengan o no una persona contratada que cuide de los hijos, y la clase social), pero que tiene entidad e importancia como unidad explicativa, aglutinante de todas ellas (fundamentalmente de las dos primeras). Por ello no podemos dejar de reconocer que tal variable debía haber ocupado uno de los dos ejes destinados a las variables principales.

De igual manera conviene apuntar que la distinción entre nietos de mayor o menor edad funcionó más como muestra de las diferencias entre los abuelos y abuelas de mayor o menor edad, que en base a las influencias de dicha variable que se hipote-

tizaron inicialmente. La diferencia en la edad de los abuelos procuraban argumentos potentes en torno a los valores y a la percepción de su propio rol social, en ocasiones se esgrimían más en base a percepciones y referencias a “otros” (abuelos y abuelas de mayor edad, fundamentalmente) que a partir de argumentos en primera persona. Lo cierto es que en el origen de la presente investigación no se consideró la edad de los abuelos como fuente de un objetivo estratégico, y eso se mostró como una insuficiencia con la que debemos ser consecuentes.

En cualquier caso, a pesar de admitir que los ejes principales que componen el diseño de los grupos de discusión podían (y quizás debían) haber sido otros, tampoco podemos olvidar que todos los elementos y variables básicas que dotan de sentido y construyen esos ejes operativos de variabilidad están presentes en nuestro diseño, motivo por el cual el análisis no se resiente.

Finalmente, ante las descritas circunstancias, la perspectiva crítica que maneja el propio equipo investigador no es sino fruto del análisis y del desarrollo de la investigación (trabajo de análisis *a posteriori*): prueba de que, como habitualmente se dice, la investigación social está en constante movimiento, debe siempre ser puesta en perspectiva, y resulta imprescindible que el propio investigador analice desde dónde está mirando y sea consecuente con ello.

Además de los grupos de discusión se realizaron dos grupos T, con el objetivo de confrontar las posturas de los abuelos y abuelas con las de los padres y madres, siempre en relación con el cuidado y la educación de los niños. Presuponiendo que la evolución del rol social de los abuelos tiene mucho que ver con su mayor presencia en el cuidado de los nietos y en las rutinas diarias del núcleo familiar (con independencia de que ello tenga que ver con dinámicas estructurales y culturales), y que la educación de los más pequeños siempre es materia “delicada” (valorar las *estrategias*, cuidar las *parcelas*, analizar la adecuación de los *valores*...), parecía inevitable analizar los posibles desencuentros (también encuentros) con los padres. Por ello consideramos conveniente procurar un contrapunto al discurso general de los más mayores, dando también voz a quienes, siendo sus hijos, son a la vez padres y madres de sus nietos.

Para ello, en lugar de realizar dos grupos de discusión con padres y madres, optamos por realizar una técnica diferente, la de los grupos T. Estos grupos están compuestos por dos grupos de personas que, en función del tema de interés, presentan posturas teóricamente contrapuestas o, cuando menos, complementarias. Para analizar de qué manera se entrelazan y retroalimentan ambas posturas se confrontan en una dinámica de discusión, a partir de la siguiente secuencia: el primero de los grupos habla sobre el tema propuesto (con una metodología similar al grupo de discusión) mientras el segundo escucha; en segundo lugar, el grupo que ha estado en silencio debate sobre el tema propuesto en base a lo escuchado, mientras el pri-

mero lo observa; finalmente, ambos grupos encaran una discusión en torno a todo lo oído. En esta dinámica el moderador debe adoptar una postura mucho más activa o directiva que en los grupos de discusión, procurando que se respeten los tiempos y los turnos.

La dinámica de los grupos T, por su propia configuración, aporta al análisis una perspectiva más encuadrada en los puntos de disensión o conflicto que los grupos de discusión convencionales; el objetivo fundamental de este tipo de grupos es aumentar la conciencia de los individuos sobre su propia conducta y actitudes y explicitarlas ante los demás². De este modo, se propicia un marco de reflexión y debate sobre el tema, enriquecido por las aportaciones o confrontaciones de quienes, en su caso, pueden manifestar posturas divergentes. Todo ello resultaba propicio para los objetivos de esta investigación.

En nuestro caso, primero hablaron abuelos y abuelas, después padres y madres, y finalmente se entabló una discusión en conjunto.

Las características de ambos grupos T fueron las siguientes:

- Formados por diez personas: cinco abuelos/abuelas y cinco padres/madres. Ninguna de las diez personas se conocía previamente.
- La variable que diferenciaba ambos grupos era la edad de los niños (hijos-nietos): en uno debían tener alguno menor de cinco años y en otro debían tener alguno entre cinco y diez años.
- Ambos en Madrid.
- Ambos integrados por personas de clase media.
- En cada grupo T, tanto en los abuelos/as como en los padres/madres, la proporción entre hombres y mujeres no debía ser superior a 3-2.
- En cada grupo T, la representación de padres/madres debía mantener el equilibrio (3-2) entre parejas en las que trabaja un solo miembro de la pareja y parejas en las que trabajan ambos.

GRUPOS T	
A	B
5 padres/madres con hijos/as de 0 a 5 años	5 padres/madres con hijos/as de 5 a 10 años
5 abuelos/abuelas con nietos/as de 0 a 5 años	5 abuelos/abuelas con nietos/as de 5 a 10 años
Clase media	Clase media
Madrid	Madrid

2. Recogido de Robbins, S. (2004). *Comportamiento Organizacional*. Madrid: Pearson Educación.

2. DESARROLLO DEL TRABAJO DE CAMPO

Tanto los grupos de discusión como los grupos T se desarrollaron sin mayores incidentes. Las dinámicas fueron abiertas y espontáneas, y los abuelos y abuelas fueron muy participativos en todo momento (ellos mismos reconocían que podían estar horas hablando de sus nietos y de todo lo que les rodea). El papel del moderador fue escasamente directivo, salvo en los momentos en los que era necesario reconducir el tema porque el diálogo excedía los límites del interés de la investigación.

Tras la realización del primer grupo T, y buscando ampliar la producción de información, se optó por cambiar la dinámica en el que estaba pendiente. Así, el segundo de los grupos T adoptó un enfoque mucho más heterodoxo y experimental, juntando en una misma discusión inicial a padres/madres y abuelos/abuelas. La idea era que la discusión supusiera un banco de pruebas, contrapunto y contraste de todo lo escuchado previamente en los grupos de discusión (que se realizaron antes que los T). En cualquier caso, resulta conveniente señalar que el desarrollo de ambos grupos T estuvo claramente marcado por la actitud un tanto complaciente de buena parte de los padres, que renunciaban a la confrontación con los abuelos en base a la convicción de que los abuelos, hicieran lo que hiciesen, “hacen más que ellos mismos”. También de que la necesidad de que los mayores se ocupen de los nietos prima sobre cualquier otra consideración y apaga cualquier crítica (como se señala en algún momento del informe, el agradecimiento por la labor de los abuelos deja en un segundo plano muchas otras consideraciones; lo cual no deja de ser significativo).

El trabajo de campo fue realizado durante el mes de marzo de 2010, y las reuniones duraron en torno a las dos horas. Fueron grabadas para su posterior transcripción y análisis. Las citas que ilustran el informe recogen literales de los grupos, y su procedencia está indicada en la parte inferior de cada cita.

CAPÍTULO TRES

El rol de abuelos y abuelas, y los “nuevos tiempos”

Habitualmente se tiende a construir el imaginario en torno a la figura de los abuelos a partir de lo que se entiende que aporta el camino vital recorrido, que otorgaría (a esos abuelos) una visión diferente del mundo, los valores, las relaciones y la familia. Es lo que se denomina “el valor de la experiencia”, que en la creencia y el refranero popular está directamente ligado al tipo de sabiduría que sólo se consigue con la edad, con la capacidad de aprender de las circunstancias que la vida te va planteando, y con la posibilidad de poner en perspectiva cuestiones que a otras edades se analizan de manera distinta: “sabe más el zorro por viejo que por zorro”.

Por ello el discurso general asume como un pilar básico de la sociedad que los abuelos y abuelas transmitan a las siguientes generaciones la sabiduría precisa y las enseñanzas necesarias en torno a la vida, transmisión de los valores de base y encarnación de la manera en que la Historia, la tradición y la cultura hacen que seamos lo que somos. Los abuelos se sitúan, por tanto, como un referente social y como unos agentes educativos de primer orden, más allá de ser figuras entrañables para los nietos, para los que pueden encarnar la representación de afectos muy positivos y el nexo de unión con el pasado.

—“La mayor, la de 15 años pues que ella está encantada. ‘Yaya, vengo a comer hoy.’ ‘Pues vente a comer.’ Y si se queda algún día, si se queda a dormir pues nos toca a las 4 de la mañana.

—Hablando...

—Hablando.

—Porque la figura de la abuela es entrañable.

—Y te preguntan por los antepasados, ‘Y la [...] ¿De dónde es?’ ‘De fuera’, o sea. Yo digo, esta será la que continuará como generación. Porque los hijos no quieren saber nada de esto, pongamos un caso.

—No, sí que lo saben.

—Si el abuelo o la abuela han sido buenos, desde pequeñitos ya, ellos ven a un personaje muy entrañable.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Los abuelos y abuelas de ahora son vicarios de ese discurso general, y analizan su papel en la sociedad, sobre todo respecto a sus nietos, sin poder desprenderse del recuerdo ni de las emociones, de un tipo u otro, que acompañaron su pasada perspectiva como niños que, a su vez, tenían abuelos. Esto provoca evidentes desequilibrios ante la evidencia de vivir otros tiempos, y en ocasiones deriva en dificultades a la hora de analizar el propio rol, desde el momento en que algunos de los elementos que se internalizaron como propios de la relación entre nietos y abuelos (quizás una relación más distante, pero también más mitificada) ya no tienen cabida, al menos de la manera en que la tenía antes. En base a ese recuerdo de los propios abuelos, y de la manera en que la figura de éstos se insertaba en la familia, se tiende a realizar un análisis de las pérdidas, también de las ganancias, en relación con su papel como referente social y familiar.

“—Mi abuelo se murió cuando tenía 8 años y me acuerdo toda la vida, y tengo 64...

—Hoy, hace años que se murió mi abuela, y claro, mi madre, mi padre y mis abuelos vivíamos todos juntos. Y lo que yo aprendí de mi abuelo y de mi abuela... hoy, esta mañana, os lo juro por lo que más queráis [...] día que se murió mi abuela... y era la primera difunta que vi en mi vida. Se cayó y se murió, y claro de verla viva a muerta... es una impresión tremenda para un niño ver a un difunto. Pues bueno, hoy me estaba afeitando y me estaba acordando de que me decía esto, que me perseguía, que me escondía debajo de la cama y venía con la escoba y me buscaba y me pegaba... y que me quería, eh, porque ella si no había comida no comía y nos la daba a nosotros...”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Esa percepción de vivir otros tiempos (diferentes de aquéllos en los que los ahora abuelos y abuelas asentaron sus valores, creencias y planteamientos vitales) se concreta en varios aspectos.

En primer lugar, se asume que los abuelos encarnan una serie de valores distintos, propios de otra época, que se han perdido. Valores interpretados como tradicionales que, por un lado, integrarían una buena parte de los que actualmente se acepta que están en decadencia (el respeto y la austeridad, por ejemplo) y, por otro, responderían a una visión mucho más dicotómica de las posturas morales (el bien y el mal), frente a lo que se entiende es un exceso de relativismo moral en la sociedad contemporánea. En este sentido asistimos a cierta contradicción entre la nostalgia que los abuelos viven, y su convencimiento de cómo se debe ser en el momento actual.

Es palpable, lo demuestran los sucesivos estudios de valores sociales¹, que el conjunto de la sociedad asimila la evolución del sistema y de la jerarquía social de prioridades como un proceso de pérdida, argumentada en la línea de esa visión más tradicional de que hay valores *buenos* que deberían permanecer y valores *malos* que conducen a la sociedad a una situación de crisis moral. De ahí que se conceda gran importancia a que los abuelos y abuelas se constituyan como los transmisores de los valores *buenos* a sus nietos, en un ejercicio que presenta dos aspectos interesantes. Por un lado, buena parte de esos valores que se cree que los mayores pueden encarnar son precisamente los que el conjunto de la sociedad opina, no verbalmente pero sí cuando la práctica se interpreta, que son escasamente operativos o funcionales para la vida actual, cuando no imposibles o utópicos (la austeridad, la abnegación, el esfuerzo, la prudencia, etc., se tratan más bien como valores ideales, que deberían ser pero que la sociedad presente convierte en propuestas escasamente operativas).

Por otro lado, que se señale a los abuelos y abuelas como la máxima encarnación de esos valores y como los referentes primarios para la transmisión de los mismos, es un ejercicio que parece saltar sobre los padres y las madres en el proceso de transmisión de valores, cuando, como veremos, es a esos padres y madres a quienes se atribuye casi en exclusiva la capacidad y la legitimidad para educar a los hijos. De esta forma, el planteamiento que subraya la necesidad e importancia de que los abuelos y abuelas se constituyan en transmisores de valores para los nietos casi se antoja como un brindis al sol.

“—Yo creo que la figura de los abuelos no es tan importante como la de los padres. Pero que tienen que tener y tienen una relevancia muy grande. O sea, que

1. A los realizados por la FAD [Megías, E. (dir.) (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD; Megías, E. y Elzo, J. (coords.) (2006). *Jóvenes, valores y drogas*. Madrid: FAD; Megías, E. (coord.) (2010). *Valores sociales y drogas 2010*. Madrid: FAD] habría que añadir otros muchos promovidos por diversas instituciones (Fundación Santa María, Grupo Europeo de Valores, etc.).

yo creo que es incluso conveniente que los padres dejen a sus hijos con los abuelos. Porque nosotros, modestamente, no quiero presumir de nada, los abuelos enseñamos a los nietos cosas que no les enseñarán ni sus padres ni sus maestros ni la televisión. Porque hay parcelas de la vida de hoy, 2010, que [...] por antiguas no se consideran y tienen tanto valor como las del siglo pasado.

—Porque tenemos experiencia.

—Exactamente. Tenemos experiencia y hemos recibido alegrías y desgracias, bofetadas y felicitaciones. Y en la vida cada uno quiere para los suyos lo mejor, pero yo por ejemplo, para mis hijos, que afortunadamente están todos de salud bien... pero yo les dije ‘Oye, esforzarnos mucho, porque la vida da muchos reveses y no sabes lo que te puede pasar. O sea, no te creas que porque estás aquí... tienes que pensar que mañana puedes estar aquí.’

—Exacto.

—Y claro, esto a los nietos... hay que enseñarles. Mire, las mejores tortillas de patata las hacen las abuelas, ¿vale? [risas]

—Y eso es porque saben, y de la misma manera que sabemos hacer tortillas de patatas sabemos lo que está bien, regular o no está bien.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Cuando se produce esa quiebra entre los valores que socialmente representan los abuelos, y aquéllos otros que en la práctica se asumen como representativos de nuestra vida en sociedad (más allá del *deber ser*), resulta palpable que en esos mayores instalados en la experiencia surge la sensación de estar desubicados en un mundo que no es el suyo, que no responde a los principios a partir de los cuales se cimentaron sus convicciones. Dicho desde otra perspectiva: mientras que para el conjunto de la sociedad los abuelos se constituyen en referente que es sobre todo contrapunto, añoranza y justificación (a pesar de que la sociedad vive en permanente crisis moral, los más mayores nos recuerdan lo que somos y de dónde venimos), esos mismos abuelos y abuelas viven la situación como una prueba del aislamiento en el que viven y de la menguante importancia de su rol social. No es extraño que muchos abuelos se sitúen ante la disyuntiva de adaptarse a los nuevos tiempos o anclarse en unos valores que sienten propios y adecuados pero que temen que contribuyan a su extrañamiento social.

“—Es muy diferente.

—Eso es otro campo.

—Ahora, lo que dice el señor, tiene mucha razón...
—Tiene mucha razón, pero es muy difícil tratar a unos niños de esta manera cuando el mundo está tan diferente.
—Sí, bueno.
—Te entiendo.
—De todas formas los abuelos, dijéramos más de antes...
—Pero el abuelo que no se moderniza un poquito...
—Sí.
—Sí, claro.
—[...]
—No puedo adaptarme a esa teoría, yo tengo que adaptarme un poco a la de ellos si quiero que me miren, porque si no, no me van a mirar.
—Nos acoplamos...
—Yo por ejemplo tampoco soy moderna, pero sin ser moderna me adapto un poquito... el mayor que tiene 4 años y me está dando lecciones, a mí, cada día, con 4 años...
—Que sí, que sí, y tanto.
—Lecciones que yo no quiero admitir, porque algunas no las admito, pero que tengo que admitir. Las está viviendo y no puedo decir que son mentiras, porque se las están dando en el colegio y se las están dando los propios maestros. En su casa, su padre y su madre son personas expertas, personas con carrera que ya no admiten mis teorías, no las han admitido ellos como hijos, eh. Y yo no puedo ir imponiendo esas teorías... entonces a ver, yo puedo pensar que llevo razón, pero no me da la gana de admitir.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Esas diferencias entre el antes y el ahora, que despiertan en los abuelos y abuelas la sensación de tener que adaptarse, pertenecen a dos categorías diferentes: las relativas a los valores y la educación y las de índole socioestructural.

En relación a los valores, se suele partir de la convicción (entre la población general, no sólo entre los más mayores) de que antes la educación era más completa. La experiencia de investigaciones anteriores refuerza la idea de que esta convicción está fundamentalmente asentada en la añoranza de valores considerados en desuso, y cuya aceptación, en su momento, facilitaba la labor educativa de padres y madres². Sin embargo, tal añoranza, que tiene que ver con la forma en que se po-

2. Rodríguez, E. y Megías, I. (2005). *La brecha generacional en la educación de los hijos*. Madrid: FAD.

nían y se ponen en juego las relaciones entre hijos y padres (o entre menores, jóvenes y adultos), no encuentra tanta justificación social a la hora de abordar uno a uno los valores que propiciaban la situación anterior. Al tiempo que se echan en falta las dosis de autoridad y respeto que habitualmente se señalan para explicar las relaciones entre padres e hijos en el pasado (y entre abuelos y nietos), no se quiere renunciar a la mayor proximidad y confianza actual entre unos y otros. Menos aún desde la perspectiva de los abuelos y abuelas, que asumen que han dejado atrás la mayor responsabilidad educativa y quieren alejarse de la figura autoritaria y distante que en algunos casos representaban quienes fueron sus mayores, para disfrutar más de la cercanía y complicidad de sus actuales nietos.

—“Si nos dejaran educarlos igual que hemos educado a nuestros hijos estarían mejor educados, porque la educación de nuestros hijos es mejor que la de hoy en día de los niños.

—Es que eso depende de cada casa, porque yo, por ejemplo, mis nietos me tienen un respeto...

—Si no es la casa, es desde que salen a la puerta de la calle, es que es el entorno, el colegio, todo es distinto a cómo era cuando...

—Hombre, es que la vida ha cambiado mucho, no estamos como estábamos antes, como es lógico.

—Los valores siguen, pero la vida cambia...”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—“Como abuela, mi experiencia, no tiene nada que ver cómo fue mi madre con sus hijas, no tiene nada que ver... Desde que nació la niña la ponían delante de la televisión para que viera los dibujitos animados.

—Exactamente, claro.

—Sabe cómo, con lo pequeñita que es, sabe teclear el ordenador, sabe hacerlo y además es que te arrastra, le intentas dar otra cosa y ella no quiere otra cosa. A mí sinceramente eso no me gusta para nada, pero es que claro, los padres parten ya de esa base.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Lo cierto es que el discurso general parte de ese sentimiento de añoranza de los antiguos modelos educativos, y de la convicción de que actualmente existe demasiada libertad, o demasiada flexibilidad, en el trato con los más pequeños. Claro que ese ejercicio de añoranza de los abuelos y abuelas no parece otra cosa que una reconvención a la labor educativa de sus hijos, mientras ellos mismos asumen que,

tras años de brega, responsabilidad y abnegación, se han ganado el derecho a disfrutar de la contrapartida ventajosa que supone que el trato con los más pequeños sea tal cual es en estos momentos.

—Éramos 14 nietos, de todas las edades, nos sentábamos en el comedor. ¿Cómo estás Montse?, ‘Bien’, ‘¿Y tú?’...

—A pasar lista.

—Sí, a pasar lista, casi. Y me parece que nos daba una peseta o dos pesetas a cada nieto... Y un respeto... Y si le dábamos un beso ya mirábamos a papá, que no se enfadara el abuelo. Y después dábamos un beso a la abuela y entonces ya venía la gran comida, todos allí comiendo sin hablar.

—Pero ya, más que respeto...

—[...]

—Pues yo pensaba... ¿Me tendrán que tener respeto, este poco cariño, esta obligación de tener esta abuela, esta obligación de dar un beso a esta abuela? Yo eso lo veía horroroso... Y no había otra. Luego comer, y si te entraban ganas de entrar en el lavabo: ‘Abuelito, ¿puedo ir al lavabo?’, ‘Mmm, bueno, vale’.

(BARCELONA, SIN CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—Mis abuelos eran todavía más fuertes que mis padres, más.

—Es que yo tenía de ellos más miedo, estabas allí con más miedo.

—No había la confianza que tenemos ahora.

—Ahora lo que yo veo es que los guajes contestan mucho a la madre y al padre, replican.

—Contestan, pero sin faltar al respeto.

—‘¿Y por qué lo tengo que hacer, porque lo digas tú?’ Entonces, claro, luego dices ¿Qué razón le doy?

—Pues le tienes que explicar por qué... y antes era medio con el látigo...es que tampoco es así.

—Antes decías ‘Porque te lo digo yo.’

—Ahora no puedes decir eso.”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

En referencia a las situaciones socio-estructurales, el análisis parte de la realidad del mercado laboral, y de que lo que se asume son nuevas necesidades familiares, siempre en torno al poder adquisitivo como referente. La incorporación de la mujer al trabajo es el elemento clave a partir del cual se explica la mayor presencia de los abuelos y abuelas en el cuidado cotidiano de los nietos. Ya sea por la necesi-

dad de contar con dos sueldos en el seno de la familia, o por el simple proceso a partir del cual la mujer ha ido incorporándose a un mercado laboral que antes parecía vedado, lo cierto es que desde los abuelos y abuelas se asume que corren tiempos en los que resulta imprescindible arrimar el hombro en el cuidado de los nietos, adoptando un papel mucho más protagonista (respecto a dicha labor) del que tuvieron sus propios abuelos.

—“Ahora es casi por obligación trabajar los dos; entonces los abuelos echan una mano en ir a buscar a los críos o lo que sea.

—Es tremendo cómo está la vida para los jóvenes, a pesar de que viven mejor de lo que vivía yo. Yo no tenía coche, no tenía televisión, ni esto ni lo otro. Ahora se casan... claro, yo creo que ahora está peor la vida, porque tenemos otras necesidades que no teníamos antes. Antes no teníamos televisión... pues no teníamos televisión y teníamos una vieja de aquellas antiguas... y ahora tienen cuatro.”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

—“Hay que colaborar, claro, pero también hay que hacerlo con un poquito de sentido común y conocimiento, porque si te toman por el pito de un sereno... Yo me vine a Barcelona desde Andalucía en el año 72, he tenido 4 hijos y no he tenido aquí nunca a nadie de mi familia. Y me lo he tenido que montar yo solita. Ahora los hijos no pueden... y tú dices ‘Eran otros tiempos’.

—[...]

—Te da la impresión que nuestros hijos ya cuentan con nosotros.

—Sí, sí.

—Eso que estás contando tú de tu hija, resulta de que si no estuvieras tú, ella tendría que ir a un parvulario u otro sitio que les costaría dinero.

—[...]

—Y todo esto, derivado de todo esto que nos dicen a los abuelos, de hacer de canguros de los nietos... en nuestra juventud teníamos a nuestra mujer, que no trabajaba, hablo de mi caso, concretamente. Y también es el caso de muchos amigos míos, y cuidaban a los hijos. Nuestros hijos, nosotros nos conformábamos con muy poca cosa. Yo cuando me casé estuve viviendo un año con mis suegros hasta que me pude independizar y comprarme un piso.

—Nuestros hijos se han casado todos. ¡Venga!

—A lo grande.

—Todo, hipotecas, coches, motos. ¿Quién va a pagar todo eso?

—[...]

—Se han adaptado a esas comodidades y no saben prescindir de eso, pues claro.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—El problema está en que la vida de nosotros, anteriormente... yo ya tengo 71 años, resulta que hemos vivido distinto. Porque antes no trabajaba tanto la mujer, no es que yo no esté conforme, yo estoy conforme con que la mujer trabaje. Pero nosotros hemos vivido una vida distinta, porque mi mujer no ha trabajado nunca y ahora es distinto, porque se tienen más lujos, más cosas y trabajan los dos.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Es interesante observar la manera en que se ponen en juego los argumentos que tienden a explicar la situación. Principalmente porque se cuestiona si la descrita necesidad económica de las familias es real o sobrevenida, por mantener un nivel de vida por encima de las posibilidades familiares, conseguida a costa de abandonar parcelas tan importantes como la presencia en casa y la educación de los hijos. En cualquier caso, el cuestionamiento suele ir invariablemente ligado a la ausencia de la mujer del hogar familiar (por ser el punto diferencial respecto a épocas pasadas), como elemento que ejemplificaría las situaciones en que esas necesidades creadas derivarían en una menor atención de los hijos; mientras tanto, la misma situación no parece señalarse respecto a los padres (varones), que ni están (nunca han estado) ni se les espera, en un planteamiento que parece liberarles de la responsabilidad del cuidado de sus hijos. Evidentemente, este argumento (prueba de años de desigualdad entre géneros) es propio del conjunto de la sociedad, y no sólo de los más mayores.

*“—Pero yo no recuerdo a mis abuelos, jamás en la vida, haciendo de canguros.
—Tampoco trabajaba hace años la mujer.
—Por eso he dicho que no es que sea una desgracia, son circunstancias de la vida.
—Porque lo quieren todo.”*

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

Cabe mencionar un elemento que, respondiendo también a los nuevos modelos y realidades familiares, es señalado por abuelos y abuelas como un problema de nuevo cuño que afecta indirectamente a muchas personas mayores. Nos referimos al aumento de las separaciones de matrimonios, excepcionales en la época en que los ahora abuelos eran nietos y que hoy se producen con bastante frecuencia y naturalidad.

En la línea del cambio de valores respecto a épocas pasadas, los abuelos señalan que también se han perdido buena parte de los valores que sustentaban los matrimonios (entrega, aguante, sacrificio, empatía, fidelidad...), a favor de posiciones más cómodas y egoístas. Sin entrar en el debate sobre la realidad de este planteamiento y sobre la valoración de las distintas posturas, lo cierto es que la traducción inmediata del hecho de que se separen más matrimonios y parejas sí que puede resultar bastante traumático para los abuelos y abuelas (y, por supuesto, para los nietos): cuando un miembro de la pareja (más frecuentemente la madre) se queda con la custodia de los hijos, lo habitual es que los padres de quien no tiene esa custodia vean mucho menos de lo que quisieran a sus nietos. Tal problema, sin duda nuevo, surge de manera espontánea como una de las principales preocupaciones de buena parte de los abuelos y abuelas³.

—*Se han separado estos dos mozos... y yo...*

—*¡Qué horror!*

— *...yo estoy, mira, es que no tengo ganas de nada, me estoy muriendo. No puedo ver a la niña. Y eso yo lo veo aberrante, lo veo incalificable, lo veo que no tengo palabras. Porque, ¿qué tiene que ver que hayan discutido los dos para que los abuelos...? Tiene cinco años y... En cinco años la habré visto 15 veces.*

—*¡Uff!*”

(GT ABUELOS-PADRES, NIETOS 0-5)

A la hora de explicar las características de la nueva época que viven, desde su perspectiva de abuelos y abuelas, se concede mucha importancia a cuestiones que tienen que ver con la manera en que se conforma actualmente la pirámide demográfica. Fundamentalmente en relación al hecho de que se retrase la edad de tener

3. En *Doble dependencia* (op. cit.; pág. 143) se señala, a partir de datos cuantitativos, que “los abuelos que tienen más hijos separados cuidan menos de sus nietos (...) Cuanto mayor es la proporción de hijos con descendencia que tienen pareja, mayor es el número de horas de cuidado por parte de los abuelos. Este resultado contradice la evidencia de que las familias monoparentales precisan más del apoyo informal de los abuelos. Una explicación posible para tal efecto es que en las familias en las que ha habido ruptura en la relación de pareja y han derivado en monoparentales, puede haberse extendido la ruptura a la relación con la generación anterior, que sería el caso de los abuelos separados de sus nietos por el divorcio de los hijos. En esta situación, el que los nietos sean descendientes de hijos varones o mujeres, es importante, ya que normalmente son las madres y no los padres los que constituyen familias monoparentales en España, y son los nietos de hijo (y no de hija) los que con mayor probabilidad pueden verse separados de los abuelos. Es cierto que no estamos considerando las ‘horas que los abuelos pasan con sus nietos’, sino las ‘horas que los abuelos cuidan a sus nietos sin que sus padres estén presentes’, pero la separación de abuelos y nietos en tales circunstancias se produce tanto para las visitas como para el cuidado.”

hijos, y además se tengan menos hijos que se tenían antes. Eso deriva en que se sea abuelo a una edad cada vez más tardía (“se pasa el arroz para ser abuelos”, comentan), con los problemas que tal cosa implica para una población más envejecida pero a la que la sociedad pide más responsabilidades que nunca en relación a unos nietos respecto a los cuales les separa una importante brecha generacional.

—“Yo particularmente, decía a mi hijo, tiene 40 años, pues que a ellos no se les pasaba el arroz pero a mí sí.

—Ja ja.

—...que se espabilaran porque yo tenía ganas de disfrutar de los nietos y yo quería tener un vástago en mis brazos y jugar con él.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

—“Nosotros llegamos tarde, entonces nos dan 20 vueltas, pero es que a todos. Y también nos llega un poco tarde lo de abuelos, mi abuela era abuela a los 37 años, yo fui abuela a los 53.

—[...]

—Entonces nosotros llegamos a lo de abuelos un poco mayores, y la generación que va a ir detrás mucho más mayores. Yo tengo amigas con 70 años que todavía no han empezado a ser abuelas.”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

—“Es que eso yo creo que vamos a ser la última generación que vamos a poder echarles una mano como abuelos, imaginaros... mi hija tuvo el primero a los 33 años, hoy se arrepiente, se casó a los 28, y se arrepiente de no haber tenido ese hijo nada más casarse. Yo la tuve a ella con 21, posiblemente edad demasiado joven, pero creo que es más importante tenerlos más jóvenes que más mayores. Ella ahora tiene amigas con tratamientos de fertilidad para tener hijos, la última tiene 40 años y está embarazada ahora de gemelos después de tres tratamientos de fertilidad.

—Eso es un problema, sí.”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

El hecho de que los abuelos y abuelas lo sean cada vez a una edad mayor aumenta la sensación de carga respecto a los nietos, fundamentalmente porque suele ser una responsabilidad sobrevenida y habitualmente parece estar por encima de las expectativas previas de los propios abuelos y abuelas. Más aún cuando los nietos son más

pequeños (lo dicen abuelos y abuelas con nietos menores de 10 años), más inquietos y revoltosos y, por ello, necesitan más atenciones y seguramente mayor esfuerzo físico por parte de personas mayores.

—“Al principio no cuentas con esa carga, porque empiezas por uno, pero cuando son cinco dime tú, es que te vas metiendo sin darte cuenta, te vas metiendo y cuando te das cuenta no sabes cómo salir, porque ya parece que tú estás hecha para ese cargo y no sabes cómo te vas a deshacer de él.

—...porque al principio lo has hecho con agrado tuyo.

—Claro, porque también tú te vas poniendo mayor, entonces lo que tú hacías con cuarenta años... a mí me cuesta más ya.

—Es lógico.

—Entonces me cuesta, me agobio con los chillidos, el chillido de uno, el de cinco. Es más, si son dos y una tiene 4 años y la otra tiene 9, que se pelean, cuando tenía cuarenta años no me molestaban tanto esas cosas, pero ahora ya me van molestando, claro.

—Vas queriendo más tranquilidad pero no la tienes.

—Ahora mismo yo no sé lo que va a pasar, yo creo que van a más, porque van creciendo y son otros problemas, igual que con los hijos.

—[...]

—A mí me parece que a los abuelos, cuando más leña nos dan es cuando son más chiquiticos.

—Claro, por ejemplo los míos no me están dando ya

—A mí me está dando mi nieto, pero no es de, de... con la que yo vivo, es de la chica. Porque yo estoy operado de válvula de corazón y ahora está empezando a andar y es lo que dices...

—Lo que cansa.

—...el palizón. El padre no está, está trabajando... y que con el abuelo quiere estar nada más. Mi mujer se mea de risa ‘Ya va ahí, con el abuelo’. Pues el abuelo...

—...no está en situación de mucha paliza.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Todas estas cosas hacen que sea bastante común entre la población más mayor sostener la idea de que forman parte de una generación aislada, en dos sentidos. Por un lado, en base a la percepción de integrar casi “la última generación de abuelos”, cuando menos tal como ellos y ellas conciben la figura del abuelo, y sobre todo en

base al descenso de la natalidad y el retraso de la misma. Evidentemente tal idea es una exageración, pero resulta sintomática de la manera en que buena parte de los abuelos y abuelas se perciben como colectivo: cada vez más mayor, con las dificultades que ello implica, y prácticamente como un modelo en extinción.

Por otro lado, la diferencia como generación de abuelos y abuelas estaría sustentada en el tipo de labores y responsabilidades que se asumen y se asumieron, y en la percepción de las contrapartidas: abuelos y abuelas que criaron a sus propios hijos sin demasiadas ayudas, que también desempeñan un papel importante en la educación y cuidado de sus nietos, que en ocasiones no tienen suficiente autonomía para decidir si quieren asumir ese papel o no (ayudan porque quieren y porque les necesitan, pero en ocasiones llegan a sentirse como esclavos) y que perciben que, cuando sean ellos quienes necesiten recibir los cuidados, se habrán de enfrentar a la realidad de la soledad o las residencias de tercera edad. Por tanto, autopercepción como generación que está en el lugar inadecuado, en el momento menos oportuno, justo cuando la sociedad se enfrenta a la contradicción de exigir más del rol de los abuelos y abuelas al tiempo que destrona su figura de pasados altares como icono intocable de la familia, el respeto, la tradición y la historia.

—“La verdad es que somos la generación de los gilituertos, porque a nosotros nadie nos ha echado una mano por hache o por be.

—Está la vida difícil ahora... las condiciones muy difíciles.

—Es que nos quieren hacer responsables, y nos hacen...

—Responsables con todo menos con nosotros.

—Nosotros mismos nos lo hacemos.

—[...]

—Pero es que tenemos que cuidar a los nietos, a los padres, y después nosotros a una residencia, así de claro.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Todo ello provoca que abuelos y abuelas asuman que deben adaptar su rol a la realidad de la sociedad actual, a los nuevos tiempos. En primer lugar, afrontando ser una figura clave en la educación de los nietos, en base a una presencia mucho mayor (más intensa y con otras responsabilidades) que en épocas pasadas. Presencia que, a pesar de todo, les sitúa en el confuso terreno de (en buena parte de los casos) saberse un recurso subsidiario, con la indefinición que ello implica a la hora de asumir cuáles son las auténticas responsabilidades educativas respecto a los nietos. Es decir, que la aceptación de ser figura clave parte de reconocerse como el principal apoyo (y descanso) de los padres, pero desde la perspectiva de ser prácti-

camente cuidadores “de guardia”, siempre disponibles pero siempre a expensas de la voluntad de sus hijos, que parecen dar por hecho que los abuelos no pueden dejar de desarrollar la función que desarrollan. Por tanto ¿la figura es clave para los nietos o para los padres?

“—El abuelo es una de las personas, hoy en día que el padre y la madre trabajan, el abuelo es una de las cosas más importantes de los nietos. Porque hoy en día es casi quien los cuida, es el que lo lleva, el que lo va a hacer hombre. Porque si trabaja el matrimonio... se harán cargo los abuelos.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

“—Mi hija lo necesita, ¿Y qué le voy a decir? ‘¿No cuentes con tu madre?’. Y luego lo hago con todo el gusto del mundo, lo que pasa es que estás a expensas de que te digan ‘Sí, mamá’ o ‘No vengas’.

—Claro.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

Aceptar la responsabilidad sobrevenida deviene en inseguridades y temores cuando la misma les desborda. Así, muchos abuelos y abuelas reconocen no sentirse preparados para todo lo que se pide de ellos. Principalmente porque asumen que los cambios sociales (en los modelos educativos, los referentes y estrategias formativas, los valores, el universo de ocio y entretenimiento alrededor de los más pequeños, etc.) provocan que lo que antes valía en el cuidado de los niños ahora no valga, y que los más mayores no tengan más referentes que su propia intuición y el aprendizaje a partir de los errores (“los fallos de uno son los éxitos de otros”, dicen). Es un planteamiento que gira en torno a la idea de educar “sin libro de instrucciones”, una circunstancia que comparten con los padres pero que en su caso se agudiza en base a la sensación de que están realizando una labor que no les corresponde por su momento vital, y porque están mayores y *desfasados* para realizarla.

“—Tú antes, le dolía a un crío la barriga y le dabas anisinos, ¿verdad o mentira? ¡Anda, eso no lo hagas que está prohibido!

—Ahora dicen que los estás alcoholizando.

—Estos niños de ahora deben de venir con libro de instrucciones.

—[...]

—Claro, es que cambia todo. Antes, me acuerdo que de guaje siempre estuve muy malo y tenía fiebre, y poniéndote mantas hasta aquí...

—Ahora hay que destaparlos y meterlos debajo del grifo.

—Por eso te digo, que eso va un poco con los tiempos. Lo que pasa es que ha cambiado todo tan rápido que yo creo que... No creo que los anisinos vayan a matar a ningún guaje, pero bueno, los padres tienen otra idea porque ya están en su mundo.

—[...]

—Sí, pero tu abuelo cuántas veces diría que ‘Con esta juventud no se va a ningún lado’ y hasta aquí hemos llegado, o sea, que para mejor siempre va a ir, que nos guste más o que nos guste menos, y que lo que se hace ahora nosotros no lo haríamos... pero de momento vamos para adelante.

—Son etapas [...]

—Ahora siempre quedamos desfasados...”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

Ante la convicción de estar asumiendo demasiada responsabilidad respecto a sus nietos (es evidente que los abuelos y abuelas que están más al cargo acentúan ese aspecto), pero aceptando el reto y tratando de brindar ayuda dentro de sus posibilidades, los abuelos concluyen que el camino pasa por reciclarse o, simplemente, por acatar las demandas e instrucciones de los padres. Precisamente a esa capacidad de adaptación o *modernización* atribuyen buena parte de la posibilidad de disfrutar más del cuidado de sus nietos. Resulta curioso, no obstante, que la adaptación (según la explican abuelos y abuelas) no parece tener tanto que ver con modelos educativos o valores, como con la capacidad de bajar al nivel de los más pequeños y poder compartir juegos, ocio, entretenimiento, incluso lenguaje, en un marco en el cual la tecnología (icono de la brecha generacional que hay que superar) juega un papel importante.

—“La sociedad ha evolucionado tanto, la tecnología también, que nos hemos tenido que amoldar todos a los cambios que hemos tenido. Y a estos cambios no hay más remedio que actualizarse. Entonces hemos tenido que evolucionar de una manera muy creativa pero veloz, eh. Antes que nuestros nietos, a nuestros nietos ahora tenemos que recoger el ratón del ordenador...”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

A pesar de todos los esfuerzos, las inseguridades, los temores y los sacrificios, el discurso mayoritario de abuelos y abuelas sitúa en primer término que, todo eso,

compensa. Porque los nietos dan alegría y aportan una dosis de ilusión y felicidad en una época en la que no parece tan fácil que la vida te sorprenda con nuevos proyectos. En este sentido, desde muchas personas mayores que reconocían no pasar por etapas vitales especialmente ilusionantes, se llega a decir que la aparición de sus nietos “les dio la vida”, y les ayudó a recobrar la capacidad de sentirse felices y útiles.

Cuestión distinta (que ya abordaremos) será valorar en qué medida este argumento puede ser empleado por algunos padres para aprovechar al máximo la ayuda de los abuelos sin sentir que se aprovechan de ellos, pero lo cierto es que son los propios abuelos y abuelas quienes señalan de forma explícita y espontánea tal idea.

—A mí ha sido lo que me ha sacado de esa depresión que tenía, mis nietos. Yo el que me los lleven a casa, y estén conmigo, y salgan, para arriba y para abajo, a mí eso me ha supuesto...

—Un cambio.

—...un cambio, grandísimo. Una cosa para mí grandísima, vamos.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—A mí y mi mujer la verdad no nos gustan los niños, pero al venir el nieto pues nos ha dado vida, sobre todo a ella, porque se le murió el padre y la madre y entonces la casa estaba muy hundida. Al venir el nieto nos ha dado vida. A ella y a mí, a los dos.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

Resulta especialmente interesante abordar una de las explicaciones que muchos abuelos y abuelas emplean a la hora de dar contenido a la idea de que los nietos son fuente de alegría y felicidad. Nos referimos al hecho de que, en base a un argumento comúnmente empleado, con los nietos se pueden hacer muchas de las cosas que no se hicieron con los hijos, revivir algunas de las que sí se experimentaron, y disfrutar de aspectos de los que antes no se podía extraer beneficio, precisamente porque la responsabilidad se sentía de otra manera. Al hilo de este planteamiento, cabe realizar dos apuntes.

En primer lugar, que el mismo es mucho más vigente entre los abuelos y abuelas que no están al cargo diario de los nietos (los que sí lo están reviven las cosas buenas que hicieron con sus hijos... pero también las que implican más esfuerzo y sacrificio) y, sobre todo, entre los hombres; hombres que (en líneas generales) sin

duda estuvieron mucho más ausentes del cuidado diario de sus hijos, y que ahora se enfrentan al de sus nietos con nueva predisposición, otras ilusiones, más tiempo y menos prejuicios o condicionantes.

En segundo lugar, que el planteamiento prueba claramente que existen dos maneras de entender la responsabilidad respecto al cuidado y la educación de los más pequeños, marcadas por la posición de los padres o de los abuelos. Esta responsabilidad en ambos casos se vive de forma intensa y personal (y distinta según las circunstancias socioeconómicas y estructurales de cada familia), pero se matiza en función de elementos como las diferentes maneras de definir el rol de unos y otros, y las distintas formas de encarar las contrapartidas. En el siguiente capítulo abordaremos con más profundidad este tema.

—Moderador: ¿En qué ha cambiado vuestras vidas el ser abuelos y abuelas? Aparte de tener que invertir mucho tiempo...

—Alegría.

—A mí, mucha alegría.

—Todo es distinto...

—A mí en nada, cuando yo los voy a ver... me llevo muy bien con ellos...

—A mí me ha aportado mucha felicidad.

—Estoy muy contenta.

—¿Sabes lo que pasa?, que reviven un poco la infancia de sus hijos, que la tenemos un poco olvidada.

—Ha cambiado para mejor.”

(BARCELONA, SIN CANGURO
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—Yo me tiraba toda la semana trabajando... Yo era muy escéptico, en el sentido de que yo no me veía empujando un carro, yo no me veía dándole un biberón a un niño, ni cosas de esas; yo es que no... Sin embargo, ahora, no sé qué...

—Pero lo haces.

—...no me falta ya qué hacer, que lo hago todo.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

CAPÍTULO CUATRO

Responsabilidad, educación y disfrute

Partiendo del reconocimiento del importante rol que juegan en la sociedad, fundamentalmente en relación al cuidado de sus nietos, los abuelos y abuelas son extremadamente cautelosos a la hora de establecer los límites de sus responsabilidades. Como si existiera un acuerdo no escrito, legado de generación en generación, abuelos y padres enuncian al unísono el axioma que rige las relaciones entre ellos y respecto a los niños: “la educación es cosa de los padres”. Evidentemente, las distintas maneras de entender un concepto tan amplio como *educación*, y las circunstancias particulares de cada familia (nietos que pasan más o menos tiempo con sus abuelos), matizarán convenientemente tal idea.

—“La educación la tienen que dar los padres...”

—Eso está claro

—...yo como abuelo lo que sí le puedo inculcar a un nieto es que una cosa esté mal...

—Es que los abuelos tienen que aportar también, pero la educación tienen que ser los padres.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—“La educación tienen que marcarla los padres, lógicamente.

—Yo si a mi hija no la dejaba saltar encima de una cama o encima del sofá...

—A un nieto no se lo vas a dejar hacer.

—A un nieto no.

—(...)

—Pero lo que es quererlos o no quererlos se quieren igual. Bueno, los quieres de distinta manera porque entre otras cosas tienes tiempo, tiempo para ellos y sabes que cuando empiecen los líos los mandas a casa de sus padres. Te vas a preocupar de que el guaje estudia o no estudia...

—Yo pienso, que es cosa de los padres. Tú, si les das educación a los hijos, los hijos de tu hijos tendrán buena educación.

—Sí, efectivamente.”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

La postura prácticamente unánime de los abuelos y las abuelas es la de no meterse en las funciones de los padres y saber estar en un segundo plano en las decisiones relativas a la educación de los nietos, incluso eximiéndose de toda responsabilidad en el momento en que los padres estén delante. Por supuesto que los que pasan más tiempo al cargo de sus nietos y tienen mucha más presencia en su cuidado diario desarrollan una evidente labor educativa; pero incluso en estos casos, el argumento general pasa por consultar todas las cuestiones relevantes a los padres, y mantener en ellos la figura de referencia y autoridad que requieren los niños.

Toda persona que ha sido padre o madre sabe de las dificultades para establecer los límites y equilibrar las dosis de autoridad y cariño frente a los hijos; ante esa perspectiva, los abuelos, que en su día ya pasaron por tales procesos, unen fuerzas con sus hijos para que el camino sea lo menos difícil posible.

Otra cosa es que, ante la evidencia de que actualmente tienen mayor presencia que antes en el cuidado diario de los nietos, los abuelos tengan con los padres más roces de los que existían antes (prueba de ello es que enfatizan mucho más la necesidad de definir los planos en que cada cual debe moverse).

—“Ahora cuando... mis nietas han estado malitas en el hospital infantil...”

—Yo hubiera hecho, yo hubiera movido pero... la tierra.

—Pero hay que saber quedarse en ese segundo plano.

—Claro.

—Exactamente. Y yo por mi experiencia me he tenido que quedar muchas veces detrás por no darle a mi hijo dos cates, y darle fuerte, que quizá eso, en ese punto ha sido cuando un poco de más conflicto he tenido con él...

—[...]

—...*Cuando te lo transmiten a ti y tú les das tu opinión, pero ellos siguen manteniendo que los niños se llevan a tal sitio, tú tienes que pasar a un segundo plano...*

—*Decir, lo siento, me voy a callar la boca...*

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

“—...*jamás, tú ser más que ellos nunca, más que los padres nunca. Tú eres en segundo lugar, lo que digan los padres, lo que manden los padres, todo.*

—*Y el respeto hacia los padres.*

—*Somos unos mandados, no somos sus padres, somos unos mandados.*”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

-“—*Tienes que empezar a mantener con ellos una relación de adultos, de adultos ya, porque ya ellos tienen su espacio, tienen su familia, tienen sus problemas, tienen sus historias, y bueno, y tú estás ahí para ayudarlos, para hacer todo lo que te pidan, pero ahí.*

—*Al margen.*

—*Y dar consejos cuando te lo pidan.*

—*¡Cuando te lo pidan! Mientras que no te lo pidan...*

—*Si no, a callar.*

—*A callar.*”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

En función de estos distinguos, frente a la labor conjunta, la aceptación de que “la educación es cosa de los padres” provoca que buena parte de los abuelos y abuelas traten de definir su rol a partir de malabarismos lingüísticos que persiguen evitar el término “educar” como si el mismo, asociado a sus responsabilidades con los nietos, supusiera un cierto intrusismo respecto al papel de los padres. Por ello se tiende a separar entre lo que supone educar (que es lo que hacen los padres), y otras labores, como enseñar o instruir. Además de añadir confusión lingüística o terminológica a una cuestión que seguramente no la requiera, la diferenciación tiende a resultar contradictoria por cuanto, a la hora de explicar los términos, se incide en cualquier caso en cuestiones relacionadas con la transmisión de valores (como una de las labores propias de los abuelos y abuelas, con independencia de que también lo sea de los padres y de cualquier otro agente educativo). Es decir, que pese a asumir que respecto a sus nietos desempeñan una importante labor a la hora de transmitir y reforzar determinados valores, muchos abuelos y abuelas, precisamente por

no entrar en los teóricos terrenos de los padres, tratan de evitar que tal cosa se interprete o sea nombrada como educar. Es entonces cuando acaso sería necesario recordar el conocido proverbio africano que dice que “para educar a un solo niño es necesaria una tribu entera”.

—Moderador: Antes habéis dicho que los abuelos tienen que enseñar pero no educar. ¿Qué diferencia hay?

—Pues para mí hay una diferencia.

—Para mí también.

—Enseñarlo es, pues a que no puede coger este vaso y tirarlo al suelo. Pero yo no lo voy a educar en los estudios.

—Esto no se toca, esto no se hace.

—Si está conmigo, cómo no. Todo lo que yo sepa...

—El abuelo puede enseñarte valores...

—Sí, valores.

—Eso.

—Porque saber apreciar, respetar... puedes enseñarle eso, pero lo que es la educación del comportamiento.

—La urbanidad.

—Los principios, los valores, eso sí, pero otras cosas...

—[...]

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

Sin entrar en mayores disquisiciones entre lo que es y no es educar, y a quién le corresponde la labor, lo cierto es que hay un elemento que, partiendo de que todo agente educativo desempeña una importante labor respecto a los más pequeños, propicia que esa labor se entienda de una u otra manera, y genere unas u otras expectativas: la responsabilidad. Es entonces, mientras los abuelos y abuelas analizan su grado de responsabilidad en relación con la educación de sus nietos (de la que, por supuesto, participan), cuando se alcanza el acuerdo mayoritario que determina los límites básicos de su rol.

En líneas generales se entiende que tienen un tipo de responsabilidad diferente a la que tienen los padres, mucho más centrada en los cuidados puntuales y los sucesos que tienen lugar durante el tiempo que los niños pasan con los abuelos, y no tanto con los procesos de desarrollo y crecimiento. Por supuesto que en esos momentos en que los nietos están con los abuelos y abuelas, éstos no dejan de ser un referente de valores y comportamiento, y en ese sentido cumplen su papel ejemplificador, pero toda esa labor sería baldía si no se realiza al unísono con la de los padres.

—*Cuando eran los críos míos y tal. Caían, y tú ‘Tu eres tonto, mira lo que hiciste, es que no miras por dónde vas.’*

—*Ahora cae la nena y lo primero que haces es sacar el pañuelo y ‘A ver la pupina...’*

—*[...]*

—*Es que ese nieto no es tuyo, lo tienes obligado como cuando te dejan algo.*

—*Es una responsabilidad.*

—*Se ponen malos contigo como con la madre, eh*

—*Tienes un hijo y se te pone enfermo; lo primero que haces es mirar la fiebre y tal, ahora, ponésete malo el nieto y ya estás loco, llamas a la madre, al padre, ‘Esta fiebre no es normal’, hay que tirar para allí, no, para allá...y ‘A ver si va a pasar algo conmigo en vez de con los padres.’*

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

—*Para mí, ser abuela es lo mejor que me ha pasado en la vida, más que ser madre. Lo que yo he sentido al ser abuela y ver a mis nietos en el mundo no lo sentí cuando mis niños. Será porque me sentía responsable... no sé por qué sería, ha sido lo más grande que me ha pasado.”*

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

De nuevo es preciso señalar la evidente diferencia entre los abuelos y abuelas que realmente están al cargo diario de los nietos y quienes sólo lo están de manera puntual. Entre ambas situaciones varía de forma esencial la atribución y percepción de responsabilidad respecto a la educación de los nietos. No es posible desarrollar una labor educativa de calidad sin el tiempo y la presencia necesarios y, ante la imposibilidad de no pocos padres y madres de pasar ese tiempo con sus hijos, ceden más terreno *educativo* (y más competencias) a los abuelos que sí pasan ese tiempo. Ello no implica que nadie cuestione la máxima de que “los hijos deben estar con los padres”, pero sí parece alimentar la idea de que la presencia no sólo otorga determinados derechos y legitima a los abuelos y abuelas que desarrollan una constante labor de cuidado (no puede ser que los cuides a diario y no puedas tomar decisiones), sino que además hace inevitable, natural y lógica una dimensión educativa: en ocasiones los niños pasan más horas al día con sus abuelos que con sus padres, por lo que el referente serán ellos.

—*Para tener una buena relación con tu hija y con tu yerno hay que respetar...*

—*Oye, guapa, pero es que tampoco, lo que no puedes es estar, encima de que les*

haces el favor de cuidarles al niño, que te tengan ahí que no puedes tampoco hacer nada.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

“—Lo que hace en su casa; llegar, quitarse los zapatos y las zapatillas. Todo lo que hacen sus padres lo hacen conmigo, yo sé lo que hacen en casa de sus padres, la merienda, los deberes y después de los deberes una hora de televisión. Pues yo hago exactamente...”

—Pero también los tiene usted en días puntuales, si una niña está más con su abuela es normal que los abuelos tengan unas normas. Yo a mi hija le digo ‘Olga...’, ‘Mamá, lo que hagas está bien’ [...] jamás ha dicho ni media, ‘a mí no me des explicaciones’.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—Cuando no se portan bien con los hijos, que los regañan cuando está fuera de lugar, te dan ganas de decir, oye...”

—Si inmiscuyes a los abuelos y tiras de los abuelos luego tendrás que aceptar... que oye...

—Que te digan algo.

—Claro, estoy metiéndolos en mi vida.

—No va a ser todo bueno.

—Exactamente, no, tú sólo para que me ayudes, pero tú no te metas. Ya que vienen lo tendrás que aceptar.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

En cualquier caso, pese a las disquisiciones en relación al grado de responsabilidad respecto a los nietos, lo cierto es que lo habitual es que abuelos y abuelas señalen que todo lo relativo a los pequeños lo viven con enorme intensidad, para lo bueno y para lo malo. Intensidad que propicia la capacidad de disfrute y felicidad enunciada, pero que también agudiza la preocupación e inseguridad en torno al cuidado de los nietos, y en muchas ocasiones conduce a una reconocida tendencia a la sobreprotección (que comparten con los padres, por otro lado).

Esa preocupación (incluso miedo) por que le ocurra algo a los nietos, junto a su posición como adultos implicados en el cuidado de los niños pero generalmente alejados de las circunstancias cotidianas que acontecen en torno a ellos, provoca que lleguen a decir que, en relación con los nietos, “los que más sufren son los abuelos”.

—*¿Vosotros vivís con tanta intensidad...? A veces, me imagino, pero me gustaría saberlo por parte vuestra, por saber que también sois abuelos y compartís las mismas sensaciones que yo. ¿Lo vivís todo tan intensamente con vuestros nietos, todo, todo? Niño ten cuidado, que te vas a caer...*

—*Ah, sí sí.*

—*La hora de la comida, puntual, todo tan...*

—*[...]*

—*Y yo creo que ahora se protege...*

—*A mí me da miedo.*

—*Se protege demasiado.*

—*En casa sí. Cuando estás solo a cargo de uno...*

—*Y también porque no son hijos tuyos.*

—*Claro.*

—*Cuando están a cargo de uno, sí.*

—*Pero es que no se les puede proteger tanto. [...]*

—*Ya, pero es que si le pasa algo con los abuelos no es lo mismo que si le pasa con los padres.*

—*Claro. Eso sí."*

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—*Es que a los abuelos, el miedo de que se hagan daño es tremendo.*

—*No, sobre todo el tiempo que lo tienes tú, que no le pase nada.*

—*[...]*

—*Pero eso yo creo que es por la edad, yo veo que cuando vas cumpliendo años...*

—*Tienes más miedo.*

—*Sí, cuando conduzco, hace mucho, je je... antes iba corriendo y nunca he tenido miedo y ahora es que, no lo entiendo, cada vez veo más el peligro. Y lo mismo pasa con los críos, es la edad...*

—*Yo con el crío me muero de miedo."*

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

—*Lo que sí veo es que los abuelos son los que más sufren por los nietos.*

—*Sí.*

—*Sí, claro.*

—*Se sufre mucho, sí.*

—*Más que los padres incluso."*

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Junto a la responsabilidad que implica el cuidado de los nietos, existe un valor que abuelos y abuelas señalan como esencial, no sólo en relación con la educación de los más pequeños, sino también como elemento que define parte importante de la manera en que se entabla la relación con los padres de esos nietos: la autoridad.

En principio, la autoridad se asume como parte del propio rol, en el sentido de que resulta esencial ganarse el respeto de los nietos, y que éstos asuman la importancia del valor respeto y de aceptar las normas de comportamiento. Pero, al igual que ocurre en la sociedad en su conjunto, la autoridad es abordada por abuelos y abuelas desde el complicado equilibrio que supone intentar adaptar al presente un valor en aparente desuso, que tiende a ser añorado como herramienta básica para las estrategias educativas y formativas, pero que parece tener complicada cabida en el contexto de las nuevas y más cercanas relaciones entre adultos y pequeños. Es decir, que asumiendo lo importante de que los más pequeños sientan la autoridad de los más mayores como parte de su proceso de aprendizaje, los abuelos y abuelas tampoco quieren propiciar en sus nietos la imagen que generalmente ellos tenían de quienes fueron sus abuelos, mucho más distantes y severos.

—Yo a mis nietos los quiero como a mis hijas, pero a mí me respetan, ¿eh? A mí eso de cómo le hablan a los abuelos algunos ‘¡Que te vayas a la mierda!’ A mí eso no. Y yo ya tengo uno con 14 años y otro con 9 y a mí me respetan, y yo los quiero muchísimo y le compro todo lo que sea, los llevo donde sea, pero a mí me tienen que respetar.

—Y a sus padres, ¿los respetan?

—A sus padres también los respetan.

—Hombre yo tampoco es que sea un abuelo como el que tenía, que se quitaba la correa y...

—Aquí no se está hablando de pegar, pero que yo me hago respetar.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Sea como fuere, lo cierto es que la autoridad es el valor que está en la base de la mayoría de los desencuentros entre abuelos y padres. Fundamentalmente a partir de la necesidad de los más mayores de constituirse como figuras amables para los nietos, al tiempo que asumen la importancia de no desautorizar a los padres y respetar sus parcelas de autoridad y sus decisiones como referentes clave para los niños. Aceptar la necesidad de no contradecir ni quitar poder a los padres, deriva en que los abuelos y abuelas asuman su menor capacidad de decisión respecto a

cuestiones de comportamiento, alimentación, o cualquier otro asunto relacionado con el cuidado y las rutinas cotidianas. Cosas en las que no siempre se está de acuerdo (de los desacuerdos indisimulados surgen las mayores polémicas entre abuelos y padres), pero que los mayores manejan (desde la aceptación e incluso la pasividad) con el objetivo de evitar los conflictos.

—“Al hablar de malcriar nos referimos a que mi hijo no quiera que le dé un chupa-chups y yo se lo dé, nada más.

—O que salen dibujitos en la tele y tú está viendo algo. Y hay que ver dibujitos...

—Te toca callar y vamos a ver dibujitos.

—[...]

—Pues yo lo que diga mi hija y mi hijo.

—Yo la ley no se la quito al padre...”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—“Si están los padres, dejas a los padres, yo por lo menos.

—Yo también.

—Porque yo no quiero enfrentamientos.

—[...]

—Y a veces callas, ves que hay cosas que no te gustan, que ellos consienten y te quedas un poco... en segundo plano, porque tampoco quiero enfrentamientos.

—Entre la pareja...

—Claro, ahora, si estoy yo solo procuro que el camino vaya bien derecho, pero si están ellos, que se enfrenten ellos y yo quedo en un segundo plano.

—[...]

—Oye, pero también ellos se pueden equivocar, porque nosotros tenemos como la experiencia...

—Pero no te puedes meter en el terreno de ellos.”

(OVIEDO SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

—“Bueno, yo la relación con mi hija y con mi yerno es buena, porque yo no le permito al niño, y lo que le dicen ellos lo respeto, porque yo soy la abuela y ellos son los padres. Entonces, mi yerno no quiere que pongamos silla en el coche, una silleta para llevarle. Mi marido no está de acuerdo, pero yo, no quiere él y tengo que respetarlo. Lo respeto porque yo no quiero discusiones. Y entonces, lo que hagan los padres me parece bien.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

Resulta destacable que la voluntad de evitar enfrentamientos y no tomar partido en cuestiones que puedan resultar más o menos conflictivas respecto a la educación de los nietos, se incorpora como una parte importante del disfrute de los nietos y de las ventajas del propio rol.

Y además es una actitud que se tiene respecto a los padres, y también respecto a los propios niños, lo que proporciona muchos más matices al análisis. Principalmente porque la concepción del disfrute se asienta sobre la convicción de tener mucha menor responsabilidad respecto a las cuestiones importantes, que son las que provocan enfrentamientos con los nietos (porque hay que reñirles, penalizarles, ponerles límites, etc.), al tiempo que se dispone del tiempo, la flexibilidad y la predisposición necesaria para aprovechar al máximo los momentos de juegos y diversión.

—Y yo pues me cabreo, digo: ‘Chica, pues no.’ Es mi nieta, y yo vengo aquí o él viene a mi casa para mimarlo, o sea yo tampoco es que me coja una [...] y me la rompa, eso yo no lo permito, por supuesto. Yo no tengo que educarlo, tengo que enseñarlo... Y lo dicho, lo ayudo a hacer los deberes y tal, pero mi hija, de verdad que lo pretende, de verdad... pretende que lo ponga yo más en vereda. Y yo digo que no me da la gana.

—No, no.

—No.

—No, es que los abuelos estamos para malcriarlos.

—Bueno, para educar a los hijos están los padres, ‘Tú haz lo que te dicen papá y mamá.’

—Siempre se lo dije por delante, para educarlos estáis vosotros...

—Nosotros estamos para disfrutar de ellos y para echarles una mano.

—Sí, porque de los hijos no disfrutaste como disfrutas ahora de los nietos.

—Claro, es diferente.

—Sí, son otros tiempos.

—[...]

—Nosotros somos, digamos, el segundo frente... ¿A tus nietos los vas a regañar? No, porque te condicionan de otra forma. Te van a sacar la dulzura...

—Pero también los regaño.

—Yo también.

—Pero creo que es diferente.

—Sí, es distinto.”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

Siempre sobrevuela el tópico de que los abuelos “malcrían y consenten” a los nietos. De entrada los propios abuelos y abuelas tienden a alimentar esta idea, argumentando que, si conceder muchos caprichos a los más pequeños puede dificultar la puesta en práctica de la autoridad, también resulta importante reconocer que una de sus prioridades sería mostrarse muy cercanos a los nietos para que éstos no tengan ningún tipo de rechazo hacia ellos. Y eso resulta mucho más fácil si no se muestran severos ni autoritarios, lo que implica consentir más.

—“Yo creo que es un tópico eso de que los malcriamos.

—Bueno, sí, le das más caprichos.

—¿Sabe qué dice mi marido? Mi marido dice que él no ha disfrutado de sus hijos, y como no los ha disfrutado, a sus nietos, ahora lleva tres años camino de cuatro que está loco a disfrutar”.

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—“En general se malcría.

—Yo he dicho una cosa... a mi nieto le dejo hacer cosas, hasta un punto que digo ‘No’.

—Claro.

—Y se coge unos berrinches con su padre y con su madre... y conmigo no se coge ningún berrinche.

—Yo por ejemplo, voy a hacer 67 años, tengo una nieta de 9 meses ¿Cuánto tiempo puedo disfrutar yo de esa niña? Seamos realistas.

—Toda su infancia...

—No es que me considere viejo, pero estoy usado.

—Entonces yo me volcaré con mi nieta, la daré todo el cariño que pueda y todos los caprichos, como dice el señor, pero siempre dentro de un canon que ya te lo ponen los propios padres.

—[...]

—Yo le enseñaré a mi nieta lo que yo quiero pero tendré que seguir las reglas impuestas por los padres, en juguetes y en todo... Y lo que dice el señor, saldré un día y a lo mejor le compraré una bolsa de chuches porque me la pida, y a lo mejor mi nuera me dirá que no debería...

—[...]

—Yo he dicho simplemente que... he pasado muchas calamidades, porque mis padre no han podido jamás. Y mis hijos, más o menos, han estado mejor... Pues no quiero que a mi nieta le pase. No me gustaría encargarme de darles educación, para eso sus padres”.

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Existe una aceptación inicial del estereotipo, justificado a partir de la convicción de que “es lo que toca” y ajeno a cualquier sentimiento de culpa, apoyándose en la aceptación social del rol, mucho más desde la convicción de que la sociedad en su conjunto está en deuda con una generación de abuelos y abuelas que en no pocas ocasiones “saca las castañas del fuego” a unos padres desbordados. No obstante, se esgrimen argumentos que matizan esas ideas.

En primer lugar, es bastante común señalar que, pese a que la relación con los nietos es cercana, flexible y no muy severa, son otros quienes verdaderamente les malcrían. Más allá de comportamientos individuales, se atribuye al conjunto de la sociedad la predisposición a la sobreprotección y al consentimiento, como un signo de los tiempos; en la generalización se diluye la responsabilidad individual: si todos malcrían, por qué no van a hacerlo ellos que además resuelven otras papeletas.

En segundo lugar, se atribuye una parte de los motivos del comportamiento de los adultos a los propios niños. Por un lado porque se cree que ahora los niños son más débiles, lo que implica la necesidad de mimarlos más (un curioso argumento circular: los niños son más frágiles porque la sociedad les protege más, les hace dependientes, con lo que es preciso incrementar los niveles de sobreprotección). Por otro lado, porque esos niños también son más inquietos y están más abiertos a estímulos externos, por lo que es preciso controlarlos más (sólo que ese control no corresponde a los abuelos ni siquiera cuando están con los nietos: la autoridad “es cosa de los padres”).

—“Mi nieto hace más trastadas que mis hijos.

—Pero porque es el tiempo de ellos, que vienen así.

—Vienen así.

—Son más inquietos, de otra manera.”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

En tercer lugar son los padres quienes establecen el nivel a la hora de consentir y mimar: además de la mencionada tendencia social a la sobreprotección, el hecho de que pasen cada vez menos tiempo con los hijos deriva en que intentan evitar los conflictos durante el tiempo de convivencia. El mismo argumento que, amplificado, recogen unos abuelos y abuelas que se sienten mucho menos responsables de la educación de los nietos: “para un rato que estoy con el niño...”

—“Pues yo con mi hija sí discuto a veces, porque reconozco que es un poco comodona. El caso es que, el niño, cuando está conmigo, no hace determinadas

cosas. Pero cuando están los padres es como que se pone más tontito y hace cosas que no hace conmigo. Y la madre me dice que es que, con ellos, cuando está con ellos, tampoco el niño se porta así. Que se porta sólo así cuando estamos nosotros, mi marido y yo delante. Y yo le digo, pues no sé, chica, será que el niño nos está echando un pulso a ver, al estar todos juntos, a ver quién es el que sale en su defensa, otra cosa no me explico. Yo, por ejemplo, tengo allí un jarrón en un rincón con flores de estas secas. Pues al crío es que le ha dado por que, cada vez... coger las flores y arrancarlas. Y yo, cuando está la madre, no quiero decirle nada al niño, no hagas eso, porque es que pienso que no tengo que hacerlo yo, quien tiene que hacerlo es su madre. Y ella empieza, no toques eso. Y el crío como el que oye cantar. Y le digo, chica, haz el favor de levantarte, coge al crío, le dices eso no se coge, y te lo llevas; digo, porque no hagas eso, no hagas eso, pero le dejas que siga haciendo lo que le da la gana. Es que le consientes mucho. Yo no le consiento mucho; conmigo no lo hace, lo hace cuando estás tú. Digo, y cuando estás tú, es tu obligación educarle tú, que yo ya eduqué a los míos. Y sí, sí discutimos, ¿eh?, por este tema. Pero vamos, tampoco son..."

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

"—Pero lo que también influye mucho es el sistema. Porque ahora mismo, incluso en el colegio..."

—Culpa de los padres.

—De los abuelos, no.

—Resulta que, a lo mejor, en alguna ocasión se abusó mucho, los profesores, o el sistema que había, o lo que sea, de que a los niños se les pegaba, se les castigaba, y ahora es el efecto péndulo..."

—Culpa de los padres..."

—[...]

—Eso es el sistema.

—[...]

—No te entiendo, no te estoy entendiendo nada.

—Que les consienten todo, los abuelos como tú.

¿Pero yo? ¿Que yo les consiento todo?

—[...]

—Pero me estás diciendo que no tienen la culpa los padres. Yo te digo que sí.

—¡Pero vamos a ver! ¡A veces tienen la culpa los padres, a veces...!"

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

"—Los padres son muy consentidores. Le consienten mucho a los hijos."

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

En cuarto lugar se defiende que el hecho de ser más o menos flexibles y consentidores respecto a los nietos no implica descuidar su educación en los valores fundamentales. En este sentido se diferencia entre lo que se considera verdaderamente importante (los valores generales deseables, sin mayores especificaciones que las que siempre sobrevuelan los planteamientos teóricos al respecto: educación, tolerancia, respeto...), de lo que no lo es (en este saco entrarían los caprichos). Según este planteamiento, los pequeños actos de malcriar, mimar o consentir a los nietos no afectarían negativamente a la consolidación de una adecuada jerarquía de valores; es más, estas conductas permisivas serían “casi” una prueba de que los abuelos no se inmiscuyen en las parcelas educativas importantes, que corresponden a los padres. En cualquier caso, el planteamiento cae en la contradicción cuando, al tiempo, se asume que se corre el riesgo de que esa actitud reste autoridad a los padres cuando los caprichos contradicen sus normas.

—“Y nosotros, pues es verdad, yo lo que hago es malcriarlos...”

—Eso.

—Maleducarlos.

—Eso no, que eso es función de los padres y no nos vamos a meter.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—“Los niños, si no los educas, no saben que ensucian.

—Los padres, eh, son muy cómodos.

—Claro”.

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

—“Una cosa es que uno lo malcríe en el sentido de darle...”

—Cosas que tienen poca importancia, claro.

—...y otra cosa es que al niño le dé por tirar las cosas al suelo y el abuelo se lo consienta.

—Claro.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

En ocasiones incluso se llega a dar la vuelta al estereotipo destacando determinadas cualidades que estarían en su origen, en un ejercicio argumental cuando menos curioso. En concreto, nos referimos a algunas voces que señalan que la tendencia a una mayor permisividad con los nietos tiene que ver con una mayor capacidad de aguante y paciencia por parte de los abuelos y abuelas, que en base a su experiencia

y predisposición reconducirían situaciones que quizás los padres abordarían desde la autoridad y la irritación. Es decir, evitar los conflictos con *mano izquierda* (que así se interpretan las claudicaciones ante los caprichos de los nietos) frente a la mayor urgencia y mano dura de los padres.

—“Esto que dice que los abuelos estropean a los nietos, yo no estoy de acuerdo con eso.

—[...]

—No es que malcríes, es que permites...

—Más tiempo.

—Más cosas.

—...Tienes más... más edad.

—Más paciencia.

—...más solera.

—Más tiempo para prestarles más atención.

—Eres más permisivo con ellos.”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

En cualquier caso, al margen de la maniobra exculpatoria, es cierto que abuelos y abuelas tienden a señalar que viven la relación con los nietos con mucha más paciencia a la hora de educar, cuidar y mimar, que la que tuvieron con sus hijos, y que la que tienen sus hijos con los nietos. Paciencia que se basa, además de en el distinto tipo de responsabilidad con la que encaran la relación con los más pequeños, en el mayor tiempo de que disponen, las nuevas ilusiones que llenan su vida, y su propia predisposición y momento vital. Y cuando algunos abuelos y abuelas reconocen la posibilidad de una menor paciencia lo hacen refiriéndola al aguante fundamentalmente físico (te cansas más), no como actitud.

—“Vienen estresados del trabajo, tienen que ponerse a la cena, el baño y no tienen ya paciencia porque se les ha acabado...”

—[...]

—Les tienes que buscar el punto.

—Pues tienes que tenerlo porque para eso has tenido un niño, lo que no puedes es gritarle y angustiarse...

—[...]

—Por eso te digo que hay que tener paciencia y hoy les falta paciencia a los nues-

tros, yo creo que con el trabajo, que tienen tantos problemas con la faena que cuando llegan a casa lo mejor lo han dado ya, y entonces a sus pobres hijos...”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—En cuanto al modo de educarle, pues soy más tolerante y más paciente de lo que fui con mis hijas, porque en primer lugar soy de la opinión de que no es mi obligación educarle...

—[...]

—No soy partidaria de darle muchos caprichos ni consentir mucho, en el sentido de que te estén siempre pidiendo y dar y dar. No soy partidaria de eso, pienso que hay que saber dar las cosas con medida. Siempre a cambio de algo, de que te obedezca, de que, si no te hace caso, pues cuando me pidas esto no te lo voy a dar. Siempre con un poquito de chantaje.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

Finalmente, al abordar el rol de abuelos y abuelas en la sociedad actual no pueden obviarse las diferencias por género. Lo que se mantiene a lo largo de las generaciones es la convicción del papel imprescindible, insustituible y básico de la madre respecto a sus hijos, de tal manera que en no pocas ocasiones se señala que la educación “es cosa de las madres”.

La identificación (en el discurso social) de la madre como piedra angular de la educación y la familia, tiene traslación a la manera de entender los roles de abuelos y abuelas. Así como ocurría respecto a los hijos, tanto ellos como ellas aceptan que el mayor peso del cuidado de los nietos (cuando están con los abuelos y no con los padres), fundamentalmente entendido en torno a las cuestiones de alimentación, higiene y otras atenciones diarias, recae en las abuelas antes que en los abuelos. Aunque muchos hombres comienzan a desarrollar con sus nietos las labores que no hicieron con sus hijos (cambiar pañales, bañarles, darles de comer...), lo cierto es que aún parecen ser las abuelas las principales encargadas, porque son las que *saben* (una madre nunca deja de serlo), aunque abuelos y abuelas tengan el mismo tiempo para desarrollar esas tareas.

“—Yo creo que las abuelas llevan más bien el peso, el abuelo es más... no sé.

—...tu querida abuelita.

—Sí.

—*La diferencia que hay es el rol que tenemos cada uno en casa.*

—*[...]*

—Moderador: *Tú decías que la abuela lleva más el peso ¿Qué significa?*

—*Para cambiarla, para poner el dodotis, que sepa ponerle en un momento dado el puré, mi marido en un momento dado también lo puso, eh...pero si le digo 'Cógeme al crío, báñalo, ponle el dodotis' me dirá 'Pero si nunca lo hice'. A lo mejor lo pone, pero a lo mejor pone lo de detrás para adelante...*

—*Eso hay que valorarlo también, si lo hizo tres veces. Pues esas tres veces fue un sacrificio, pues tiene un valor como si lo hubiera hecho 50.*

—*Sí, sí. Si se valora, pero a lo mejor el abuelo le puede decir al crío 'No, que te lo haga la abuelita'... yo creo que siempre jugamos el papel de mujer más...*

—*Digo yo que también es el rol que ha seguido la mujer en la familia."*

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

Pueden señalarse otras diferencias entre abuelos y abuelas, a la luz de lo que unos y otras reconocen. Existe el convencimiento de que los abuelos tienden más a malcriar: por un lado porque no estuvieron tan presentes en el crecimiento de sus hijos y quieren recuperar el tiempo perdido (recuperación entendida como recuperación de los momentos de disfrute y no de los de responsabilidad); por otro lado, porque también pasan menos tiempo con sus nietos, o el que pasan corresponde a áreas que no tienen que ver con las rutinas y las obligaciones (comidas, higiene, etc.).

—*Sí, que luego son peores los abuelos, les consienten y les malcrían. Yo hablo por mi parte, eh, los demás no lo sé. Pero en general con quien hablo, yo creo que los malcrían más lo abuelos que las abuelas.*

—*Que los tienen un ratito."*

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

En segundo lugar se dice que las abuelas, en su rol de madres eternas, se preocupan mucho más por los nietos, precisamente porque se ocupan de ellos en las áreas que requieren de mayor cuidado con las normas, los horarios, los hábitos... Pero también se señala que son más blandas que los abuelos con los hijos e hijas (padres de sus nietos), tanto a la hora de discutir cualquier cuestión relativa al cuidado de los menores como, sobre todo, en el momento de hacerse cargo de cuidados y responsabilidades que corresponderían a los padres y se extienden más allá

de las situaciones o contextos comprensibles (los tiempos en que los padres trabajan, fundamentalmente).

—“Yo por mí, les diría que no. Pero mi señora les dice que sí. ¿Qué hago, me peleo con ella? ¿Me divorcio?”

—Los hombres son menos partidarios de quedarse con los niños, porque tienen menos paciencia.

—¿No tendremos razón, quizá?

—Pues posiblemente....

—Que estén consentidos no creo que sea bueno ni para ellos ni para nosotros.

—Cada uno tiene que tomar sus responsabilidades, cuando uno se casa... una cosa es colaborar, pero eso de ‘tú te vas de juerga’, no.

—Las mujeres les decimos que sí, y nos cargamos.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—“Cada casa es un mundo. Puede ser en la comida, o en el hecho de cogerlo, o en el hecho de levantarlo. Hay cosas que sí...”

—La mujer domina más.

—[...]

—En mi caso yo padezco mucho más por mi nieta que mi marido, él lo ve de otra manera ‘Pues están sus padres, no te preocupes.’

—[...]

—Mi mujer, tres, cuatro veces al día me dice que llame a su nuera o a su hijo a ver cómo está... Ya es demasiado.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

CAPÍTULO CINCO

Obligación y límites

Tras la felicidad de poder participar del crecimiento de los nietos, sentir la responsabilidad de su cuidado y vivir todo ello con gran intensidad, los abuelos y abuelas son conscientes y se muestran satisfechos de la gran ayuda que suponen para sus propios hijos. Sin embargo, tras esa satisfacción se pueden intuir diferentes posturas que, según circunstancias, pueden sonar más o menos amargas. Nos referimos a las posiciones que implican un sentimiento de obligación impuesta en relación al cuidado de los nietos. A partir del convencimiento de estar obligados a ocuparse de parcelas que corresponderían a los padres, el discurso de los abuelos pasa de la exaltación del disfrute a la exposición de las quejas.

En este sentido, como ya hemos apuntado y veremos con más detenimiento en el siguiente capítulo, resulta esencial distinguir entre quienes diariamente están al cargo de los nietos y quienes sólo los ven regular o puntualmente. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que, en líneas generales, la sensación de estar obligado (porque los padres no tienen tiempo o no pueden contratar a nadie que lo haga, porque “nadie lo hará mejor que los abuelos”, o simplemente por autoimposición) suele quedar despojada de todo sentido peyorativo desde el momento en que abuelos y abuelas lo asumen como algo natural, que corresponde a su edad, su tiempo y su condición, y algo que (por lo general) quieren hacer; todo lo cual resulta evidentemente reforzado desde la perspectiva de los padres, que parecen asumir también que esa ayuda que ofrecen los abuelos es, efectivamente, algo natural, que corresponde y casi se presupone.

“—Pero una cosa es lo que tú dices, ‘Mamá, ¿puedes venir?’ y otra cosa es la imposición.

—Imposición yo creo que no hay... es un querer o no querer, nadie impone a nadie. Yo no veo que ningún hijo imponga al padre 'Aquí a tal hora' si no porque él quiere y le deja. Puedes decir 'No, oye que es tu hijo, arréglate tú.'

—[...]

—A eso que se comentaba aquí, que decía que a las 7 y media de la mañana... Si va a las 7 y media la mañana...

—Es porque quiero.

—Es porque ella quiere.

—Evidentemente con una cuerda no la lleva, es que la palabra 'quiero' es muy [...]

—Es que con este asunto ahora resulta que están los abuelos más estresados que los padres. Independientemente de eso no les va a obligar nadie. Esa imposición no es que digan 'O lo haces o te mato', pero sí hay esa obligación. Es que si no la hacen, ni trabaja él ni trabaja ella.

—Pero los hay como yo te digo, yo lo observé, lo oigo y lo veo. 'Mira que hijos más guapos tengo, que me voy de vacaciones este año con ellos'. Y a lo que van es a cuidar a los nietos mientras sus hijos salen por ahí.

—Y tienes que ir encantado, porque tus hijos son los más guapos, y los nietos más todavía.

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—Que no es porque se quiere, que es más un chantaje.

—Hay veces que no es por imposición sino por... por querer quedar demasiado bien o colaborar... No nos llaman, pero vamos, porque utilizamos también lo de 'Son jóvenes, que aprovechen ahora, que tengan el tiempo que no tuve yo', o 'Están empezando, vamos a echarles una mano para que puedan salir adelante'... y entonces estamos ofreciéndonos sin que nos llamen.

—[...]

—Entonces... los abuelos tienen que estar por narices, por obligación; en vez de imposición por obligación porque no hay otra fórmula.

—[...]

—Es que eso lo tenían que haber pensado antes de haberlos tenido, ¿eh?

—Ya, pero meten la pata así..."

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

Tras la aceptación de la obligación como algo natural se esconde, de forma implícita y en ocasiones también explícita, esa tendencia a la sobreprotección de los hijos característica de los padres contemporáneos. Claro que ahora los hijos son adultos y han formado su propia familia. Como si el rol protector de los padres fuera eter-

no, y más aún partiendo de un imaginario colectivo que asume que vivimos tiempos difíciles en los que escasea el tiempo y nos sobrepasan las responsabilidades laborales. Parece que los abuelos y abuelas no pueden dejar de actuar como padres y madres (sobre todo cuando son abuelos recientes), a quienes no se les debe escapar detalle de la vida de unos hijos a los que se sienten obligados a brindar todo el apoyo y el tiempo necesario para facilitarles la vida.

Evidentemente hay abuelos y abuelas que, por circunstancias familiares, viven la obligación de cuidar de los nietos de forma real y casi inevitable. Pero también es necesario señalar que en muchas ocasiones la obligación se crea a partir de esa vivencia de padres y madres abnegados que no quieren que sus hijos pasen por muchas de las situaciones difíciles que ellos pasaron, o que simplemente se sienten felices por posibilitar que sus hijos descansen y se relajen al tiempo que ellos hacen algo con lo que disfrutan (o se supone que disfrutan): cuidar de los nietos.

—“Por descontado, he trabajado mañana, tarde y noche, y he tenido mis dos hijos aquí. Tengo toda la familia en Toledo y no me ha pedido nadie echar una mano. ¿Me la he buscado? Claro que me la he buscado y precisamente por lo que yo he trabajado no quiero que mi hija trabaje tanto. Si yo ahora puedo, le vuelvo a repetir que llevo 7 años sin trabajar, ahora estoy de ama de casa y ahora puedo ayudarle. Anteriormente, que la niña tenía 3 años, yo no le podía ayudar y mi hija tenía una canguro, pero cuando yo dejé de trabajar le dije ‘Hija mía, ahora no le vas a dejar con el canguro’, este es mi caso.

—Sí, pero cada caso es un mundo.

—No se puede coger todo y meterlo en el mismo saco.

—Si fuese una hija que yo la viese que abusa... pero ella es la primera que llega el viernes y hace que yo me olvide y para un día que viene a casa a comer, mi marido dice ‘Trae a los niños’, porque mi marido no los ve a no ser que vaya a casa de mi hija. Pero él no los tiene como obligación, soy yo la que me he creado esta obligación, porque quiero que mi hija vaya más tranquila económicamente.

—Claro.

—Pero no porque tenga la obligación.

—Imprescindible no hay nadie.

—Nadie, nadie.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—“Sí es verdad que a los hijos, no a los hijos, a los nietos... es nuestra vida. Y nos creamos nosotros mismos la obligación.

—Exactamente.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Lo cierto es que a pesar de aceptar, en ocasiones de forma gustosa y otras con menos entusiasmo, la carga que puede suponer el cuidado de los nietos, entre los abuelos y abuelas existe la convicción general de que la generación de sus hijos llega a abusar de ellos en lo que se refiere a las responsabilidades con los más pequeños. Fundamentalmente como consecuencia de una actitud egoísta que, montada sobre la convicción general de que hoy se necesita más ayuda para criar a los hijos, en algunos casos deriva en el aprovechamiento de esa dinámica social para abusar del tiempo y del esfuerzo de los abuelos (y más de las abuelas). Así, señalan que actualmente los padres se sacrifican mucho menos de lo que lo hicieron ellos en su día y priman un comportamiento egoísta basado en la pretensión de mantener un nivel de vida sobredimensionado (lo que implica mayor tiempo para el trabajo y el consumo) a costa de delegar parcelas básicas del cuidado de los hijos. Por tanto se describe una situación que parece oscilar permanentemente entre las necesidades reales y las creadas, entre la incapacidad de abarcar las responsabilidades diarias y el aprovechamiento de esa situación para disfrutar de mayor comodidad.

“—Yo creo que lo deberíamos decir a los hijos y a las nueras y a lo que tengamos... es que para una necesidad yo estoy dispuesta, para un capricho...

—[...]

—Mi yerno que es un consentido y un malcriado...dice ‘Tu madre que es más joven que la mía y que le gustan mucho los niños...’ Sí, pero no me los como con patatas, es que no puede ser eso.

—Eso ya no.

—Al cine... ‘Veniros aquí a casa y nos vamos al cine’ o ‘Que me caduca el vale este para la casa rural’ pues que no te lo regalen, digo, yo... Los caprichos te los aguantas y cuando los puedas hacer, los haces.

—Exactamente.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—A mí me parece muy bien, la vida ha cambiado, hay que seguir el ritmo de la vida. Pero hay muchos matrimonios jóvenes, y no quiero que nadie se ofenda... que dicen, yo tengo un nivel de vida determinado porque mis hijos me los están criando mis padres... Si hubiéramos podido dejarle los hijos a los padres...”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

“—Yo pienso que hay un cierto abuso de los hijos, los yernos y las nueras, porque son jóvenes y yo entiendo que se quieran divertir, y quieran salir, porque son jóvenes, para ellos es la vida. Pero yo veo un cierto abuso respecto a eso...

—Yo pienso que hay otros abuelos que tienen todavía su vida por delante, tienen su trabajo... que no es el caso mío, porque yo estoy muy contento con mis hijos y

no tengo nada que reprocharles, ni a mi nieto tampoco, y deseando de verlos. Pero bueno, en el entorno en que me muevo, que tengo mucha familia y tal, yo pienso que hay un abuso de los hijos hacia los padres en el sentido ese”.

(GT ABUELOS-PADRE, NIÑOS 0-5)

Estas reflexiones, que realizan los abuelos y abuelas en voz alta, les conducen a señalar que si hoy en día muchos padres se deciden a tener hijos es a costa de los abuelos, que “financian los matrimonios” gracias a la ayuda y los servicios que brindan (y que permiten ahorrar mucho dinero y tiempo).

—“El tema que yo veo principal de eso es que muchos abuelos están financiando a esos matrimonios.

—Claro.

—De muchas maneras.

—Claro.

—Por ejemplo, ahora que se va el marido a hacer un curso, se va dos semanas, pues ella dice, bueno, pues aprovecho y le doy esas dos semanas de vacaciones a la chavala que tiene, y se viene ella a casa con las niñas... Y va a comer en casa...

—Y ella va a comprar al supermercado o lo que sea, y pienso que tengo que llevarle algo, porque si no...

—Claro.

—...tengo que ayudarla también, y eso pasa así, ¿eh? Y viven de los abuelos.

—Y comprarle ropita a los niños.

—Claro.

—Comprarle ropita, comprarle esto, comprarle... que si los pañales, que si...

—En mi carro de la compra van cosas para mis nietos.

—...las cositas que se compran, muchas cosas...

—Pero una cosa es, como está diciendo, que lo compre uno por...

—Por gusto.

—...porque te gusta.

—Y otro por necesidad.

—Dentro de lo mal que estamos, volamos muy alto.

—La sociedad de consumo en que vivimos.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—“Que tú dices, se lo llevan a los abuelitos y es para tener un coche, un piso en la playa. Tú puedes ayudar, pero cuando tú veas que hace falta, ¿pero para un lujo? Y tú ves esos abuelitos y dices, cualquier día se les va el niño y no pueden ni correr detrás de ellos, y en la puerta de los colegios... vamos, hombre, y con las bolsitas cargadas.

—...y poniendo dinero, eso, y poniendo dinero.

—[...]

—Pero ahora sí que hay más necesidad. Pero antes ha sido para tener.

—Algunos serían para tener, hija.

—Hay de todo.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

En cualquier caso, reconociendo (en otros) la situación como signo de los tiempos, existe la tendencia a no reconocerse personalmente como objeto de ese abuso. A pesar de la mayor o menor carga en relación con el cuidado de los nietos (de nuevo resultan esenciales las circunstancias de cada familia), lo habitual es asumir que el abuso se produce respecto a otros, y que la labor propia se realiza desde la voluntariedad y la natural aceptación del rol social, al tiempo que responde a auténticas necesidades (no al *lujo*) y al propio deseo. En definitiva “lo hago porque quiero” (la pregunta sería si tienen opción de no hacerlo). La encarnación de los otros abuelos, de los que sí se abusa, será la de quienes tienen mayor edad y menos fuerzas y capacidad para hacerse cargo de las responsabilidades que se les piden. En esos casos, el abuso se hace evidente a los ojos del discurso general, incluso gráficamente: personas mayores y deterioradas que corren tras sus nietos en los parques. Mientras tanto, la mayoría asume la carga con la tranquilidad de estar haciendo lo que hacen todos los abuelos, lo que la sociedad espera, y lo que ellos mismos quieren.

—“Tengo 54 años, todavía estoy en vida laboral, pero lo que sí veo es a gente que tiene más edad que yo y que a veces abusan de ellos bastante, eh.

—Sí, los de más edad sí.” (OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

—“Yo tengo amigas que están hechas polvo, psicológicamente y físicamente. Hay una que tiene dos (nietos) de una hija, una de otro...”

—Esta amiga mía está desesperada a veces, no tiene intimidad, vida propia, no puede ir a ninguna parte. Y tengo una vecina que... el superabuelo que yo lo llamo.

Ese señor tiene de la hija pequeña... una que tiene 4 años... y tiene dos gemelas de dos años; y luego el segundo hijo tiene una niña de tres años. Con lo cual recogen a la mayor y la llevan al colegio por la mañana, luego cogen a las gemelas y las lleva de paseo... cuando las lleva una hora a la guardería; después a la del hijo la va a recoger y lleva a la madre al conservatorio a ensayar... Están los pobres agobiados.

—Y eso que no se te metan los hijos a comer, que la madre tenga también la comida para los hijos, entonces ya...

—Yo es que me parece un abuso". (OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—Hay abuelitos mayores. Muy mayores, y los pobres los ves arreando del carrito, con otro cogidito y piensas... Porque se les ve que están muy cansados...”

(BARCELONA, CON CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Con independencia de que unos asuman más responsabilidades que otros con los nietos, y de que se lleve con mayor o menor agrado, existe un acuerdo generalizado (desde la teoría) respecto a la necesidad de poner límites a las demandas. Límites que parten de la premisa de no hacer las cosas por obligación, y defienden que se distinga con claridad entre las situaciones de auténtica necesidad y las que suponen un capricho de los padres, o traducen la intención de éstos de descansar o disfrutar de tiempo de ocio precisamente a costa del tiempo de abuelos y abuelas (que, aunque tengan más tiempo, no deberían ocuparlo con responsabilidades propias de los padres, que ellos ya realizaron en su día, cuando les correspondía). En la práctica, esto significa en muchas ocasiones ofrecer la ayuda necesaria, pero no durante el tiempo de ocio de los padres (no tener tanto tiempo libre debe asumirse como parte de la responsabilidad de padres y madres de niños pequeños).

“—Mi mujer, con 60 años que tiene, ya no está para criar a dos niñas igual...”

—Hombre, todos son casos...

—...físicamente llega un momento que...

—Que no puedes.

—...Que llega el viernes, claro. Yo eso lo dejo muy claro. Yo me quedo las veces que haga falta... Porque están marcando, marcando pautas.

—Sí.

—Es que los humanos somos egoístas. En todos los conceptos.

—Sí, sí, evidentemente.

—Yo creo que en todos los conceptos somos egoístas, y entonces cuando vemos que nos podemos aprovechar de algo, con todo el cariño y con todo, nos aprovechamos. Entonces, no sabemos tener límites, que eso es muy importante. Y el niño carece entonces de valores.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—Imposiciones como abuelos, nada. Los abuelos estamos para disfrutar ya de la mayoría de edad, para ir metiéndonos en la vejez y disfrutar cuando queramos.

—No, yo eso de la imposición nunca me gustó, porque vamos, nunca lo hice con mis padres.

—Oye, puedes quedar un día con ellos o los que haga falta, por cuestión de trabajo, de enfermedad...pero ‘Quédate tú ahí que voy para el cine, que voy para la cafetería’...

—No, eso no.

—Alguna que conozco lo hace, ojo. ‘Ven aquí mamá, que nosotros estamos preparados que...’, alguna yo conozco, eh.

—Lo dirán sutilmente, me imagino yo.”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

Por todo ello se señala la necesidad de marcar los límites, y de hacerlo pronto, antes de que sea demasiado tarde (se llega a afirmar que algunos de los desencuentros entre padres y abuelos tienen origen en el hecho de que en su día los primeros se acostumbraron a dinámicas que quizás no eran tan normales). *Plantarse*, atreverse y tener tiento para hablar con los hijos sobre cuestiones relativas a las responsabilidades de unos y otros, a las expectativas y predisposiciones de unos y otros, y a las auténticas necesidades en relación al cuidado de los nietos, son desafíos que el discurso de los abuelos señala como necesarios.

—A mi hijo en este caso le tengo dicho ‘Los días de cada día me tiene siempre’ pero sábado y domingos, mmm.

—Si es un caso de urgencia, sí. Si no, por supuesto no me quedo. A no ser... bueno, que lleven unos meses que no salen al cine... vale, pero si no, no.

—Una excepción... te voy a decir yo, ellos si se van de viaje de verano se van con sus hijos, todos. Se van de viaje, todos, eso no quiere decir que en el verano, al estar yo viuda, ‘Mamá nos vamos a Figueras, ¿quieres venirte una semana?’ Ah, pues bueno. Claro, es verano, y está el papá, la mamá, la yaya, la otra yaya...

Pero esto no considero yo que es cuidar a los niños, esto es estar en el verano; es otra obligación que estar levantándote a las siete de la mañana porque a las ocho y cuarto entran los niños al colegio.

—Sí, sí.

—Sábado y domingo para mi mujer y para mí, eso lo tengo claro. A no ser que haya una urgencia, si no, por supuesto que no me quedo.

—Yo también, sí, sí. A no ser un imposible, yo también.

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA FAMILIA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

“—Yo por mi forma de ser, cuando me enteré de que iba a ser abuela la alegría fue inmensa por una parte, por la otra veía que se me caía la carga encima, por la vida que yo llevaba y llevo, porque salgo mucho de casa porque estoy haciendo cosillas, por lo que sea. Entonces yo sabía que mi hija me iba a decir: ‘Mamá, tú no trabajas, por favor hazte cargo de la niña’, yo lo sabía y así fue... Yo lo que no quería es que ella se tomara a mal nada, porque para mí mi nieta es lo más, pero no quiero que me hipotequen mi vida y yo deje de hacer mis cosas por criar a mi nieta. Entonces yo tuve una conversación muy amigable, como siempre...

—Sería...

—...pero sería, que siempre que me va a necesitar me va a tener, yo dejo de hacer lo que sea. ¿Pero una obligación? Y lo siento; lo mismo soy mala abuela, no lo sé.

—No.

—No, hay circunstancias.

—Y ella me dijo ‘Lo entiendo perfectamente, nos vamos a buscar una canguro... y el día que tú quieras...’ Un día a la semana, pues sí, por supuesto... pero ninguna obligación.

—Mi historia también fue que yo le dije ‘Prefiero pagarte una canguro’.

—Señora, entiendo perfectamente...

—Que yo no quiero dejar mis cosas, me considero joven para hacer mis cosas.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

“—Lo que no hemos disfrutado nosotros han empezado ellos a disfrutarlo desde bien jóvenes. Yo cuando tenía la edad de ellos, con los hijos pequeños no iba a un restaurante ni... Lo primero porque la economía no te daba, lo segundo que a ver a dónde ibas: gastar en coche, en restaurante... Tenías que pagar un montón de cosas, los muebles... Ellos ya se han casado con todo. ¿Por qué? Porque han partido de escalones superiores a nosotros, con una formación de informática, de idiomas... de todo. Han hecho cosas que... a Estados Unidos yo no he ido y mis hijos han estado ahí haciendo cursos de inglés. Por eso te digo que antes de que

me haga mayor quiero disfrutar un poquito. Entonces, para una necesidad, sí, aunque yo tenga que sacrificarme, una necesidad de fuerza mayor...

—¿Esto que está diciendo sería capaz de decírselo a sus hijos?

—Yo sí se lo he dicho.

—¿Ah, se lo ha dicho ya?

—¡Hombre, claro!

—Pero te pueden decir ‘¡Mamá!’ ¿No?

—No, no, no.

—Yo no he tenido ocasión de [...] para decirle eso.

—Yo he tenido ocasión, pero es que no lo hubiera dicho.

—Es que hay que saber decir que no a tiempo, hay que hacérselo razonar, y ‘¿Sabes lo sacrificado que estar aquí solos, que hemos criado a 4 hijos? Y tu padre trabajando y yo también.’ Ahora pues, nos toca a nosotros.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

Ese ejercicio de establecer los límites tiene que ver con la defensa del tiempo personal, pero también con cuidar lo que se entiende como territorio propio. El primero de los sentidos, que todos los abuelos y abuelas incorporan, se refiere a la necesidad de disfrutar de un tiempo vital más tranquilo y despreocupado (fundamentalmente a partir de la jubilación), precisamente porque en él ya no existen las cargas familiares que antes primaban. “Ahora nos toca a nosotros”, es un ejercicio que incluye también disfrutar de los nietos sin mayores obligaciones.

“—Tienes que decir ¿cuándo leo? Pues cuando el niño se acueste, cuando estén acostados los tres; entonces me acuesto, son las dos, las tres de la mañana y cuando suena el despertador... te ves algunas veces agobiado.

—[...]

—Pero yo se lo digo, que yo necesito mi espacio, le digo a mi nuera que si yo necesito estar sola tú coges los niños y te vas al parque, al hipermercado, pero a mí por favor déjame cuando yo necesite un ratito de relax; nada más te pido...

—Yo, cuando estoy harta: para su madre”.

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—O sea, yo me considero esclavo, he sido un esclavo... Yo los he cuidado cada día, a mis hijos y ahora les estoy dedicando un montón a mis nietos. O sea, yo quería decir ‘Voy a hacer esto cuando sea mayor’ y no lo puedo hacer.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Hay un segundo sentido en relación con los límites, que hace referencia al espacio como territorio, como terreno en el que un adulto toma sus decisiones y lleva las riendas de sus rutinas y de su vida en general. Por ello, en ocasiones, la casa de cada cual (el territorio mencionado) se constituye en contexto de desencuentro entre abuelos y padres, cuando de por medio hay decisiones o comportamientos que atañen a los nietos.

Asumiendo que la educación de los hijos es cosa de los padres, lo cierto es que desde los abuelos y abuelas el discurso en torno a la manera en que se establecen dinámicas familiares en uno u otro contexto (la casa de los abuelos, la casa de los padres, otros lugares) presenta importantes diferencias: desde quienes se alinean en la postura de acatar y mantenerse en un segundo plano aunque estén en su casa (donde quizás las normas pueden ser otras), hasta quienes consideran irrenunciable el principio de que en su casa rigen sus normas y ello incluye a cómo se entabla la relación con los más pequeños, qué tipo de cosas se pueden o no se pueden hacer y qué clase de caprichos se pueden conceder o no. Por supuesto que la mayor o menor implicación habitual respecto a los nietos inclinará más las posturas hacia uno u otro lado, en base a la legitimidad que procura la dedicación.

—Cada uno tiene que tener su espacio.

—Nosotros educamos a nuestra manera.

—[...]

—Tienen que mandar los padres siempre.

—A ver, yo me refiero a algo en concreto, si hago paella a mí no me apartan los guisantes, aunque sé que en su casa se lo dejan pasar, porque el padre se lo consiente, pero cuando están en mi casa yo los tengo que educar en lo que yo creo que está bien.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—Estando en mi casa yo le doy a mi nieto lo que se le antoje, siempre y cuando sea una cosa razonable.

—Hombre, claro.

—Pero estos padres que se ponen ‘No le compres un chupa-chups’... ‘Es mi dinero’...

—Los niños saben mucho y entonces ahí empieza la guerra.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

En cualquier caso, conviene señalar que los conflictos en este sentido son los menos y que el clima general muestra que padres y abuelos suelen tener buena sin-

tonía (el acuerdo en torno a los horarios y la alimentación de los pequeños cimienta el encuentro). Sobre todo, desde ambas partes se confía en que el acuerdo en valores y en principios, en base a la educación familiar recibida, procura que todos remen en la misma dirección de forma bastante natural (por no hablar de que muchos padres y madres parecen dispuestos a aceptar lo que se les diga con tal de no “romper la baraja”).

Finalmente, como señalan los abuelos y abuelas más dedicados al cuidado de los nietos (y reconocen el resto), todas las cuestiones en torno a la necesidad de establecer los límites, no crearse obligaciones innecesarias, cuidar el propio territorio y procurar que el exceso de confianza y afecto no derive en aprovechamiento, quedarán relegadas cuando la *verdadera* necesidad de la familia suprime la sensación de imposición externa y agudiza la autorresponsabilidad, en un ejercicio de “arrimar el hombro” fundamentado en el amor, el cariño y los lazos familiares. Entonces todo lo señalado parece quedar en el plano de lo deseable cuando las circunstancias lo permitan, ante la evidencia de formar parte de un nuevo modelo, del que son parte esencial, en el que “las cosas son así”.

—“Una cosa es que veas que efectivamente es una obligación.

—Exacto.

—Y otra cosa es que lo hagas porque tú crees que, además de que te satisface personalmente, crees que le estás ayudando, no a tu hijo o a tu hija, sino a tu propio nieto. Entonces, una cosa es ésa y otra cosa es que, tú ya, cuando te acuestas por la noche, como yo tengo amigos que tienen el caso, que resulta de que dicen, tengo que ir a recoger a mi nieto o a mi nieta a las ocho y media de la mañana porque a las nueve la tengo que dejar en la guardería. Y cuando sale a la una y media tengo que estar allí porque la tengo que recoger. Y eso ya es una obligación.

—Claro.

—Y esa obligación hay veces que la asumes y, bueno, a lo mejor no tendrán más remedio que hacerlo porque si...

—Por las circunstancias.

—...las circunstancias mandan, pues mandan. Y si hay que echarse para adelante, pues habrá que echarse para adelante. Pero eso es una obligación. Otra cosa es que tú vayas a disfrutar de tu nieto y tu nieto de ti.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

CAPÍTULO SEIS

La clave diferencial: cuando el cuidado de los nietos es una responsabilidad habitual

Hemos podido ver que el hecho de que abuelos y abuelas pasen más o menos tiempo con los nietos, que se dediquen o no de forma habitual (prácticamente a diario, quizás con la excepción de los fines de semana) al cuidado y atención de éstos, propicia evidentes diferencias discursivas. Se trata de unas personas cuyas rutinas se ven condicionadas por las circunstancias vitales y socioeconómicas de la familia, de unos hijos (padres y madres de sus nietos) que no se pueden permitir contratar un *canguro* o similar, y que en ocasiones incluso se ven abocados a convivir bajo el mismo techo. Son estos abuelos, que no dudan en ayudar y casi se ven obligados a hacerlo, los que ven condicionada su vida cotidiana de una manera fundamental...

Sin miedo a equivocarnos podemos decir que ésta es la variable esencial que determina discursos diferenciales entre los abuelos (algo que reconocen los propios protagonistas) y que propicia diferentes vivencias, expectativas y proyecciones frente a la relación con los nietos y los padres de éstos. Es una variable evidentemente ligada a la clase social, que llega a marcar premisas diferenciales claras. En este capítulo abordaremos de forma específica esas diferencias.

1. ABUELOS Y ABUELAS QUE ESTÁN AL CARGO DE LOS NIETOS (LOS CUIDAN A DIARIO)

En primer lugar resulta muy destacable que, por encima de las incomodidades o limitaciones para la propia vida que puede suponer una dedicación tan grande, los abuelos y abuelas que se ocupan a diario de sus nietos suelen partir de un sentimiento de abnegación que inunda los argumentos y minimiza las quejas. Abnega-

ción que surge de la convicción de cubrir un hueco, una necesidad (“mi hijo lo necesita”), pero que en no pocas ocasiones deriva en una entrega unilateral sin condiciones: por evitar el sacrificio de los padres se asume el propio (que los hijos descansen... a costa del propio descanso). Es una predisposición que no parece esperar recompensa y que suele estar basada en la voluntad propia, cuando menos desde la teoría: desde el eterno rol de padres y madres no parece fácil desentenderse de las situaciones que afectan a los hijos y al equilibrio familiar de éstos.

—“En mi caso, mi hija cuando se quedó embarazada del primer nieto, mi mujer dijo ‘Lo cuidaré yo’. Y yo la miré con una cara que la hubiera... retorcido el pescuezo... Pero bueno, yo no dije nada. A partir de ahí, el niño lo hemos criado nosotros. Al mayor lo hemos criado nosotros y al hermano de éste también, a partir de los cuatro meses a casa, permanente. Cuando empezó la edad escolar; al colegio a recogerlo, traerlo a casa, comer, buscarlo otra vez por la tarde, merendar, la cena y algunos días incluso bañarlos.

—Los padres son padres de sus hijos.

—Eh, los fines de semana.

—Dos días a la semana...”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

Como se señaló, existen ciertos límites que los abuelos y abuelas establecen para lo propio. En el caso de quienes cuidan a diario de sus nietos, esos límites parecen circunscribirse, casi de forma exclusiva, al tiempo de ocio, que no será otro que el que coincida con el tiempo de ocio de los padres y madres: el tiempo en que éstos no estén trabajando. El planteamiento intencional es no renunciar al tiempo mínimo de descanso y esparcimiento, desplazando las obligaciones (y por tanto las renunciaciones) a quienes tienen la verdadera responsabilidad de cuidar de sus hijos y en esos momentos pueden ejercerla.

Sin embargo, las circunstancias provocan que esos límites no sean tan claros ni tan fáciles de establecer. Por un lado, porque el tiempo que los padres no pasan trabajando y en el que pueden ocuparse de los niños no es tanto a lo largo del día (más aún cuando trabajan padre y madre); además, este tiempo suele coincidir con los momentos en los que los niños tienen menos actividades y descansan (padres que llegan a casa poco antes de que se acuesten los niños, por ejemplo). En todo caso resultará un tiempo de ocio no elegido, supeditado a las circunstancias familiares y a las necesidades de los más pequeños. De ahí que haya abuelos y abuelas que lleguen a señalar que el cuidado habitual de los nietos supone tener la vida hipotecada, implicando la renuncia al disfrute no sólo de los propios nietos sino también de la propia vida (de la jubilación, por ejemplo).

“—Lo que sí que es cierto, como decían ustedes, que también te hipoteca la vida, porque no tienes la libertad de decir ‘Esta tarde me voy a tal sitio’...”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

“—Hombre, se disfruta de los nietos también, pero a la vez te limita....

—Ah, sí, por supuesto.

—...Te limita, te corta un poco tu vida...

—...Los disfrutas,

—...pero te limitan tu vida.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Ante la percepción de tener la vida condicionada por la responsabilidad diaria de cuidar de los nietos, surgen las principales diferencias a la hora de marcar el límite respecto a la educación de los nietos. Porque aceptar que parte de tu tiempo y de tu vida está dedicada a cuidar de esos niños también implica que no se renuncie a poder establecer reglas y reivindicar el propio papel en relación con las decisiones que atañen a la labor propiamente educativa respecto a los nietos. Cuando menos, no se renuncia en la medida que lo hacen los abuelos y abuelas que sólo ven ocasionalmente a los nietos, que acatan las decisiones de los padres y se adaptan a las circunstancias.

Asistimos pues a un proceso de legitimación que el tiempo y la dedicación otorgan a las decisiones respecto a los nietos; sin que llegue a cuestionarse la idea de que “los niños y su educación son cosa de sus padres”, sí se facilita que los abuelos y abuelas que se sacrifican por el mejor equilibrio familiar resalten y reivindiquen la labor que están desarrollando. Hasta el punto de llegar a cuestionar el tópico de que los abuelos consienten caprichos o malcrían a los nietos, precisamente porque su labor cotidiana les coloca en idéntica perspectiva que a los padres frente a la educación.

“—A mí, mi niño me desobedece y le tengo que reñir.

—[...]

—Yo, la casa es mía. Y si yo considero que tengo que ir, voy. Y que no me digan nada, porque es mi casa. Si no te parece bien, pues puerta. Llevan viviendo en casa 5 años...”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

El caso extremo en relación con las limitaciones personales que supone el cuidado diario de los nietos, es el de los abuelos y abuelas que conviven con esos nietos y con sus padres (o con uno de ellos); porque las circunstancias económicas de la familia lo han propiciado (matrimonios en paro que no pueden hacer frente a una vivienda y son acogidos por los abuelos, padres divorciados que encuentran dificultades para hacer vida de forma autónoma, etc.), o porque los mayores (generalmente viudos) están en una situación de deterioro o soledad que les lleva a ser acogidos en el hogar de los hijos (porque no se quiere o no se puede afrontar el coste de una residencia)¹. Más aún cuando en el hogar no existen ayudas externas (*canguros* o similares), algo que suele ser habitual atendiendo a las circunstancias económicas a las que nos referimos (y en ocasiones porque la propia presencia de los abuelos en la casa disuade de tal desembolso).

En estos casos, resulta frecuente que entre los abuelos y abuelas se extienda la percepción de que no tienen intimidad, y de que pierden, de manera casi inevitable, el espacio propio obligados por las circunstancias y la convivencia permanente (“el nieto no se desentiende de ti”). Esta es una circunstancia que resulta especialmente hiriente cuando se trata de la casa propia, y en los casos más extremos (en los que los abuelos o abuelas no están especialmente satisfechos con que la situación sea tal como es) puede llegar a provocar la sensación de estar perdiendo las riendas de la vida, en una etapa vital que esperaban fuera de otra manera.

—“Hay abuelos que se dejan cohibir tanto y tanto que al final están viviendo los hijos en su casa y al final eres un charcas.

—...las cosas desde el principio.

—Y más teniendo una nuera.

—Claro.

—Porque como es nuera, lo que a ti te moleste me lo hablas y yo te lo hablo a ti. Pero yo quiero que sepas que es mi casa y que necesito mis ratos, que los necesito. Y vamos a adaptarnos el tiempo que vamos a estar juntos.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—“Yo he llegado al acuerdo con mis hijos que mi casa es su casa, pero sus hijos son sus hijos, y yo los he criado a ellos y les echo una manita. Pero irse los domingos por ahí de cachondeo y yo con los niños no...”

1. Esta segunda circunstancia, fundamentalmente en relación a las personas mayores más deterioradas, se encuentra ausente en nuestro informe precisamente porque, a pesar de su cercanía, tienen menor presencia y responsabilidad en el cuidado cotidiano de los nietos, a causa de su estado de salud.

—[...]

—...yo hay veces que me harto, me gustaría que mi yerno encontrara trabajo y se fueran otra vez, así de claro. Yo no me aburro nunca solo, no necesito tener a diez personas a mi alrededor. A mí me gustaría ser el clásico abuelo que va a ver a los nietos, va, viene y trae, pero... tengo una casa grande, porque gracias a dios en aquel tiempo podíamos tenerla, ahora la estoy vendiendo pero no la puedo vender. ¡Leches! Y seis dormitorios, mi dormitorio como dice esta señora, es el paradero de los cuatro... ¡Irse arriba, que es vuestra parte! La parte de mi hija, el dormitorio de la hija, de la madre, esto, lo otro... ¡Dejadme tranquilo! El otro día me tuve que enfadar, digo '¡Coño!', que voy a tener que poner un pestillo a la puerta.'

—Hombre, porque serán muy pequeños todavía.

—Nueve años, y ve más al abuelo que al padre.

—Son chicos...

—...que son circunstancias, pero te cansa.

—Te cansa, claro."

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

2. ABUELOS Y ABUELAS QUE NO ESTÁN AL CARGO DE LOS NIETOS (NO LOS CUIDAN A DIARIO)

Hay otros abuelos y abuelas cuya situación es bien distinta y no tienen un contacto tan frecuente con sus nietos: porque los padres han decidido (y pueden permitirse) contratar a alguna persona que cuide de los hijos en su ausencia, porque hay circunstancias familiares que condicionan esa lejanía (los divorcios y separaciones de las parejas provocan que muchos abuelos y abuelas dejen de ver con frecuencia a los nietos), por distancia geográfica, o simplemente por elección. Estas personas asumen de forma clara y explícita que su posición es totalmente distinta a la de los abuelos y abuelas que cuidan habitualmente a los nietos.

Cuando se trata de abuelos y abuelas que, a pesar de no cuidar diaria o habitualmente a sus nietos, tienen la posibilidad de verlos con bastante frecuencia, incluso siempre que lo desean, el discurso generalmente acepta que estas circunstancias les sitúan en una posición ventajosa.

Es una sensación de privilegio determinada por la sensación de que no están con los nietos por obligación, sin posibilidad de elegir, sino porque lo desean, sin más objetivo que disfrutar de ellos y de sus momentos esparcimiento, sin responsabili-

dades asociadas. Son abuelos y abuelas que asumen que están en mejor disposición para disfrutar de sus nietos porque no los sienten como una carga, ni se crean obligaciones en torno a las cosas que les atañen; pero que también aceptan que tienen menor capacidad de influencia sobre aquéllos, en el sentido de que carecen del tiempo y la presencia para la transmisión de principios y valores (para educar, en definitiva) que sí tienen otros abuelos. En cualquier caso, desde el convencimiento colectivo de que “la educación de los hijos es cosa de los padres”, tal circunstancia no se entiende como algo necesariamente negativo sino más bien lo contrario.

“—Para mí es como si hubiese venido un ángel a este mundo.

—Pero eso a nuestro nivel, que es lo que yo decía antes. Este es nuestro nivel, hay otro nivel más bajo, que por obligación, los pobres...

—[...]

—Si tus hijos no pueden por circunstancias, porque tienen que ir a trabajar ¿qué vas a hacer? El que puede tiene canguro, una persona unas horas, pero el que no... somos los abuelos los que vamos.

—Que hay abuelos muy sacrificados.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN AMBOS PADRES, NIETOS 0-5)

“—Pero siempre y cuando el abuelo que es el que lo cría, el abuelo, que hay muchos casos, que crían a los nietos...

—La mayoría. El 90%.

—...sí, entonces, sí, podrá darles una educación más o menos como ellos han criado a sus hijos y demás. Otra cosa distinta es lo que... Pero claro, eso es... en el supuesto de que lo tenga todos los días. Nosotros que estamos aquí, por lo que estoy escuchando, que ninguno está criando a sus nietos, sólo los vemos el día que...

—...difícilmente nosotros...”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

Frente a los abuelos y abuelas que sí están al cargo de sus nietos, por lo general quienes no los cuidan con tanta frecuencia suelen expresar que estarían dispuestos a pasar (puntualmente) más tiempo con ellos, incluso si es para que los padres puedan tener algunos momentos de ocio (frontera que los abuelos y abuelas que están habitualmente al cargo de los nietos consideran como el límite de lo tolerable). Eso sí, tal consideración parte de la convicción de que ese tiempo debe seguir siendo de disfrute y esparcimiento con los nietos, y no debe traspasar la línea de la excesiva

responsabilidad (más allá de las dosis lógicas que asume un adulto que cuida de un menor, por supuesto). En otros casos, incluso se afirma que el hecho de no poder tener más tiempo a los nietos obedece a que no se tienen *fuerzas* para ello, por la edad o la condición física.

“—Los fines de semana bueno... y porque no me la dejan llevármela siempre...

—...claro... dejádmela una nohcecita...

—Yo les pago hasta el cine para que se vayan. Yo les pago el cine y dejadme aquí a la nieta.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

“—Por desgracia hoy sabemos cómo está la vida y tienen que trabajar los dos. Y a mí si trabajan no me importa, yo ya digo, vuelvo a repetir, voy a ratos o cuando no está la chica la voy a buscar, si no, la vería menos aún. Iría cuando me diese la gana... ahora sólo cuando me necesitan...”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

Esa clara distinción que establecen entre la obligación y la *devoción* alimenta, desde sus propios argumentos, el estereotipo de abuelos y abuelas que malcrían, en el sentido de que conceden más caprichos y son menos severos que los padres. El planteamiento (ya apuntado en otros capítulos) parte del convencimiento de que, tras años de responsabilidades, ahora lo que toca es disfrutar; pero, sobre todo que “para un día que se les ve” no se puede desaprovechar el tiempo mostrando la cara más severa y estricta frente a los nietos (además, no se quiere). Se percibe una voluntad de preservar el propio tiempo y de desligarse de obligaciones que no les corresponden; tan es así que, desde estas posiciones satisfechas con su rol y sus relaciones familiares, se suele concluir que si se tuviera más tiempo a los nietos se produciría cansancio o hartazgo.

“—Mis hijos, como he sido, no quiero decir una esclava, pero he estado siempre con mis hijos, han estado enfermos de pequeños... no he disfrutado nada de la vida. Y ahora ellos dicen que tengo que disfrutar lo que no he disfrutado de más joven, pero bueno, tú te vas de viaje... o sea, que también tienen una canguro y yo disfruto de mis nietos... el día que quiero ir, voy, los llevo al cine, pero eso no quiere decir que si el pequeño de todos un día está malo, también voy a cuidarlo si es menester. Porque al canguro no está todo el día. Comen en el colegio, pero

puedo disfrutar de mis nietos siempre que quiero y dice mi hija que ahora lo que hago es disfrutar, cosa que no hice con ellos. Eran otros tiempos, lo que decimos y bueno, de momento no los cuido porque mis hijos creen que ya lo pasé bastante mal cuando ellos eran pequeños y ahora ellos quieren que viva ahora lo que no viví entonces, lo poco que me quede de vida.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

“—Estoy deseando estar con ellos, pero sé... que si los tuviera muy a menudo me hartaría, pero no por hartarme por tenerlos, sino porque ya mis años no aguantan ese ajetreo, vamos.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

Hay aún otros abuelos y abuelas en situación diferente. Nos referimos a aquéllos que ven a sus nietos mucho menos de lo que desearían (generalmente por lejanía geográfica o como consecuencia de separaciones o divorcios). Entre ellos suele extenderse una sensación de ausencia y una necesidad de estar mucho más cerca de los nietos, que en ocasiones alcanza importantes cotas de lamento y desesperación. Por ello, con el objeto de aprovechar al máximo momentos que no tienen la certeza de cuándo se repetirán, durante el tiempo que pasan con los pequeños se despojan de muchos de los límites y condicionantes que pueden tener otros abuelos y abuelas; algo que se justifica con la afirmación de que aguantan muchas más cosas, tanto de los niños como de los propios padres de los niños.

“—Entonces cuando viene el chaval y vienes a disfrutarle. ‘Hola abuelito’ y tal, y si te la arma... bueno, pues te la arma.”

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

“—Mis nietos van al colegio en coche, en autocar, por la mañana. Cuando salen del colegio va mi nuera a buscarlos, que tiene trabajo de mañana, al Instituto Americano, después los va a buscar mi hijo, que sale de trabajar y los lleva a casa. O sea, si yo los quiero ver tengo que pedir permiso un día para irlos a ver.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

La situación generalmente es más complicada (incluso dramática) para los abuelos y abuelas cuando la distancia con los nietos es fruto de la separación de sus padres,

fundamentalmente porque es algo respecto a lo que no pueden hacer nada y asumen que deben mantenerse al margen. Esta circunstancia ocasiona lo que podía entenderse como problemas de nuevo cuño, como los mismos abuelos y abuelas señalan. Más allá de la circunstancia en sí misma, que aunque complicada se asume como algo habitual en nuestros días, el problema colateral que en ocasiones se suscita tiene que ver con la nueva relación que se establece entre los abuelos de las distintas familias (los consuegros). Frente a la evidencia de que los caminos se separan y el tiempo con los nietos ha de repartirse, los protagonistas reconocen que es habitual que existan celos, que pueden derivar en discusiones y lamentos.

Finalmente conviene destacar un elemento común a los abuelos y abuelas que no cuidan habitualmente a sus nietos, que les diferencia del resto. Es el de la consideración de la *niñera* o *canguro* de los pequeños como nueva figura de referencia para los niños y para la propia familia (cuando no son los abuelos los que ocupan ese lugar). Así, es común asumir como una circunstancia problemática, contraria al paradigma de que “la educación de los hijos es cosa de los padres”, el hecho de que esas personas sean parte esencial en la educación de los más pequeños; no a través de un planteamiento explícito, o como una opción buscada, pero sí como resultado de la evidencia de que, en muchas ocasiones, estos cuidadores pasan mucho más tiempo con los niños que los padres, precisamente durante ese periodo vital en el que los niños se *empapan* de los adultos. En ocasiones este planteamiento está rodeado de cierta queja, especialmente por parte de los abuelos y abuelas que pasan menos tiempo con los nietos, porque esas figuras les impiden vivir más de cerca el crecimiento de sus nietos. Claro que precisamente la voluntad de no pasar de la *devoción* a la obligación determina en parte el rol del que se quejan, estar menos con los nietos, aunque suponga las ventajas de la ausencia de responsabilidades.

—*Ni lo he disfrutado yo, ni disfruto de mi nieto. Yo no he disfrutado de ningún nieto mío. Por eso mismo, porque tienen una mujer...*

—*¿Y a usted le gustaría...?*

—*A mí, sí.*

—*Tenerlo y...*

—*A mí sí, porque tengo cuatro. No los tengo cerca, y ninguno los he disfrutado. Entonces, estoy ansiosa.*

—*[...]*

—*Esa figura que aparece ahí que es la que, prácticamente, en el caso de mi hija no, tiene dos y no trabaja, pero para la que trabaje es la que va a estar más tiempo con...*

—*Hombre, claro.”*

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—Yo particularmente, hablar de la nieta es volverse la boca agua.

—Como todos, es igual.

—Sí.

—Yo creo que la comparación de antes con ahora es igual, porque yo me acuerdo que cuando mi madre no podía cuidarme me dejaba en manos de ellos, pues esto pasa lo mismo... hombre, yo quisiera disfrutar más, porque como tienen una canguro para atenderlos...

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

CAPÍTULO SIETE

La relación con los hijos (que ya son padres y madres)

Desde el momento en que los hijos forman su propia familia, tanto esos hijos como los nuevos abuelos asumen que su relación entra en otra dimensión, que gira en torno a la existencia de los niños, pero no sólo. Esa nueva relación implica circunstancias que conllevan una mayor cercanía, pero también elementos que propician desencuentros.

En primer lugar, ambas partes alcanzan un nuevo nivel de empatía, reconocimiento y respeto, según el discurso general. Por parte de los abuelos y abuelas, porque comienzan a observar a sus hijos desde otra perspectiva, más alejada de la eterna imagen de *pequeños* (es habitual atribuir a las madres, y ellas mismas lo suelen reconocer, la tendencia a observar siempre a sus hijos desde esa perspectiva). Parecería como que, en muchos casos, los padres no se esperaran que sus hijos e hijas pudieran ser tan responsables como para formar su propia familia. Por ello, tras la evidencia, y ante la constatación de que esa familia crece y se desarrolla como cualquier otra, es común el reconocimiento entre los abuelos y abuelas en el sentido de que ven a sus hijos más *aposeñados* y responsables.

—*Yo particularmente los veo como un poquitín más aposñados.*

—*Más responsables.*

—*Sí, claro.*

—*Es que quieras que no, cuando eran hijos y tenían 4 años... joder, ahora tienen 28.*

—*Sí, son más adultos, van cogiendo un poco más de... pues lo que hicimos los demás.*

—*Es una responsabilidad muy grande, claro.*

—*Hombre, al principio a mí sí se me hace un poco difícil el decir... parece mentira que éste sea hijo mío y ahora sea el padre de eso... se hace un poco raro ¿no?"*

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

En el proceso que procura entre los abuelos y abuelas esa imagen de hijos más adultos, interviene el hecho de que los más mayores observen cómo la nueva generación familiar repite los patrones educativos que caracterizaron el crecimiento de los ahora padres. Se culminaría una etapa, cerrando las disputas que caracterizan la relación padres-hijos durante los años de adolescencia y juventud de éstos, sostenida en el discurso general por dos ideas: los hijos son producto de los padres (en lo que respecta a los principios y valores básicos) y, si educas como te educaron (adaptando lo necesario a los nuevos tiempos) no te equivocarás, precisamente porque sobre esa base de la propia educación se asientan los valores como padre o madre.

—*Lo de los hijos pasa que ellos se acordarán como nosotros nos acordamos, y repetimos cosas que te decía tu madre y al final es todo un bucle, todo el mundo volvemos a lo mismo, que te decían 'Ojalá tuvieras un fillo para que vieras lo sinvergüenza que eras'.*

—*Ja ja.*

—*Al final tú dices las mismas cosas que te decía tu madre y darte cuenta de que algo que te parecía a ti tan absurdo tenían razón... pero que no nos van a dar la razón porque su obligación es decir..."*

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

Este proceso implica, según interpretan los abuelos y abuelas, que los hijos (ahora padres y madres) también asumen que la dinámica ha actuado; es decir, que efectivamente están repitiendo patrones educativos enraizados en su familia y directamente transmitidos por sus padres, incluso cuando en su momento esos mismos patrones fueron cuestionados desde la posición de hijos. Y ello deriva, según perciben los abuelos, en que ahora los hijos comprenden mejor a sus propios padres. Todo esto, junto a la nueva perspectiva de los hijos por parte de esos abuelos, y la creciente ilusión provocada por el nacimiento de los nietos, redundaría en lo que se interpreta como una mayor unión familiar.

—Ellos como que te reconocen más en ese momento, porque tienen ellos sus propios hijos... dan más valor a los padres.

—Y quizá nos ven menos a nosotros, están más pendientes de sus hijos.

—Pero quiero decir que ellos entienden tu papel como padre porque ellos ya están pasando por lo que te pasó a ti, te cuentan cosas y tal... te preguntan '¿Yo hacía igual que aquel?' Pues igual o parecido.

—O le cuentas, 'Mira está haciendo lo mismo que hacías tú' y se te quedan con la boca abierta.

—... 'Tú cuando eras pequeño', el crío igual.

—Se acercan más a ti, hay como más comprensión en la familia.

—Más unión.

—[...]

—Cambia también lo que decía él, ellos en la forma de verte a ti, te tienen más en cuenta.

—[...]

—Se dan cuanta cuanto tú dices 'Es que a lo que más quieres es a un hijo, cuando tú seas padre lo verás.'

—Sí, se lo dices, pero no lo saben. Cuando lo tienen..."

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

En sentido opuesto, los abuelos y abuelas también señalan aspectos menos amables de la relación con los hijos. Todos estos aspectos giran en torno a la ya mencionada tendencia al egoísmo de unos hijos que parecen presuponer la ayuda incondicional de los abuelos. Mientras esta práctica, con independencia de que pueda molestar más o menos, llega a entenderse y se acepta en base a las circunstancias del tiempo y de la sociedad que tocó vivir (jerarquía de valores imperante, condicionantes socio-estructurales, necesidades económicas y laborales...), lo que parece molestar a abuelos y abuelas es la aparente incapacidad de sus hijos de reconocer tal circunstancia (no digamos de agradecerla).

En este sentido, señalan que es común que los hijos pidan ayuda para cuidar de los nietos, al mismo tiempo que quitan a los abuelos el poder de decisión respecto a la mayoría de cuestiones que rodean a los niños. Ningún abuelo niega que la educación de los hijos deba ser liderada por sus padres, y todos abogan por permanecer en un atento segundo plano; pero lo que puede llegar a molestar es que haya padres que deleguen la carga de responsabilidad cuando les interese, según circunstancias, y sin mayor patrón que su necesidad y comodidad, para volver a restringir tal carga en el momento que consideren oportuno. Y todo ello, bajo el argu-

mento de que cuidar a los nietos “les da la vida a los abuelos”: si bien es cierto que parte de los abuelos y abuelas se reconocen en esta expresión, también se muestran molestos de que precisamente ese sentimiento sea utilizado por algunos padres para descargar parte de su tarea.

—“Si te metes en algo un poco más profundo dicen ‘Eh, que la madre soy yo’.

—Ah, eso sí.

—[...]

—Claro, yo choco porque cuando a ellos les interesa te dan todo el cargo de educarlos, todo, y cuando no les interesa...

—Te lo cortan.

—Te lo cortan radicalmente. Entonces, o somos abuelos siempre o dejamos de serlo de pronto. Y eso es en lo que yo más choco.”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

—“Pero usted sabe lo que dicen muchos hijos... ‘Si es que eso les da vida a ellos.’

—Nos da vida y nos la quita, por los dos lados.

—A mí me la dan.

—A mí me gusta estar sola con mi marido.

—...hasta cierto punto, sin abusar...”

(SEVILLA, CONVIVEN, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 5-10)

Una de las circunstancias que más desencuentros ocasiona entre abuelos y padres tiene que ver con lo que los mayores entienden como una falta de consideración con su trayectoria como educadores. Señalan que, en ocasiones, los hijos les hablan “como si nunca hubiéramos criado a un niño”, dando lugar a una situación en la que se lucha por los propios espacios de decisión, el adecuado reparto de roles y responsabilidades, la adaptación de las estrategias educativas a las circunstancias actuales, la necesidad de reconocimiento y, en última instancia, la propia dignidad y la exigencia de respeto.

Sea como fuere, lo que verdaderamente parece molestar a los abuelos y abuelas es que se ponga en duda su capacidad educativa, que asumen contrastada a través de su historia vital y a partir del hecho de que los niños que educaron en su día están preparados para educar a sus propios hijos. Cuando sus hijos muestran una actitud que, desde los abuelos, se interpreta como una osada tendencia a creer que “lo saben todo”, los mayores se enfrentan a la disyuntiva de reconocerse en esos padres primerizos que aprendieron a base de equivocaciones, y lo hicieron bien,

pero también de procurar que, con la ayuda de su experiencia como abuelos y abuelas, el camino de esos padres aún inexpertos sea más sencillo.

—“La relación con mis hijos es maravillosa, con mi nuera también, pero a veces parece como si tú no hubieras criado niños.

—Que sepan más que tú, ¿verdad?

—Sí... a lo mejor el mero hecho de ir a cambiar un bucle o... ¿Se llama bucle, no?

—Bucle.

—Un pañal.

—Pañal.

—Un pañal, pues entonces parece que ellas lo sepan hacer mejor que el abuelo o la abuela.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

—“Mi hija me da vía libre, mi hija tiene en mí toda la confianza del mundo y sabe que al contrario, más bien le enseñaré yo cosas que no ella, ella va a otro ritmo, trabaja todo el día, llega a casa nerviosa... yo estoy en casa, estoy tranquila, me dedico a la niña y entonces no tengo ninguna discusión. Sí que es cierto, lo que dijo este señor al principio, que los hijos se piensan... yo siempre le he dicho ‘¿Qué os pensáis, que yo no sé criar a una hija? Si he tenido tres.’

—Claro.”

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

El telón de fondo de estos desencuentros es el reconocimiento de una labor, la de abuelos y abuelas, que el conjunto de la sociedad considera como esencial, pero que quizás en las interacciones personales y familiares no se resalta demasiado. Ante ese planteamiento, de entrada, abuelos y abuelas niegan la mayor: cualquier tipo de labor relacionada con sus nietos (y con sus hijos) no se realiza con la expectativa del reconocimiento, sino a partir de la convicción de que forma parte de su papel y de lo que supone pertenecer a una familia, por no hablar de que pone en juego afectos y lazos más allá de toda capacidad de racionalizar buena parte de los comportamientos y actitudes. Por ello, el planteamiento que aceptan los propios protagonistas es que lo que se produce es una entrega unilateral, que ni espera recompensa ni necesariamente requiere que sea recíproca (por ejemplo, que en un futuro próximo los hijos se ocupen de los abuelos cuando éstos se queden solos o no puedan valerse): amor al hijo y amor al nieto como sentimientos de diferente naturaleza, pero igualmente fuertes e inquebrantables, y sin exigencia de contrapartidas.

—*Mi hijo... no espero recompensa de ninguna clase.*
 —*Yo tampoco.*
 —*Yo lo que hago es porque lo siento, si no, no lo haría.*
 —*Naturalmente.*
 —*Si no diría, 'Te encargas tú, que para eso es tu hijo o tu hija.'*
 —*Qué lástima, qué pena los padres que esperan recompensa, porque si la recompensa es que yo mañana te cuide, pues yo [...] no quiero que mis hijos me cuiden.*
 —*Yo no tengo previsto eso."*

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

La aceptación de esa entrega como algo natural, consustancial a una idea de la familia y del papel de padres y abuelos, provoca que el mensaje cale en la manera en que se establecen las relaciones entre abuelos y padres. Por ello, incluso cuando los hijos reconocen y agradecen la labor de sus padres como abuelos y abuelas, lo hacen desde la asunción de que esa ayuda es algo natural que corresponde a su rol y a su etapa vital, y que ellos y ellas harán igual cuando llegue su momento. Así se interpreta que el reconocimiento no tenga que hacerse explícito (aunque se sienta, según afirman muchos abuelos y abuelas), al formar parte de lo que podría ser una "ley de vida", que en cada momento sitúa a las personas en su papel con el rol de padres/madres siempre como condicionante prioritario.

—*De vez en cuando te presta oír en boca de ellos 'Oye, pues mira, están haciendo esto' no como nada, sino simplemente para que tú sepas que ellos saben lo que estás haciendo.*
 —*Efectivamente, claro.*
 —*Porque si estás haciendo y haciendo y nunca oyes nada...*
 —*Que reconozcan...*
 —*[...]*
 —*Sí hombre, cómo no lo van a ver.*
 —*Sí, pero una cosa es que lo vean, porque ciegos no son, y otra que lo reconozcan. No que te lo digan a ti claramente...*
 —*[...]*
 —*Yo creo que lo reconocen tal y como se está haciendo. Ahora, que no quieran darlo a reconocer muy a menudo..."*

(OVIEDO, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5)

—“Te da la impresión que nuestros hijos ya cuentan con nosotros.

—Sí, sí.

—Sí, exactamente.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

—“Pues también, como tú les has dicho que para eso están los padres... No que lo vean como obligación, sino que lo encuentran natural... Yo he de decir que mi hija no es ni la cuarta parte de expresiva que mi hijo, no viene a decirme constantemente ‘Ay mamá, qué contenta estoy por ti’; no, pero me lo agradece.

—Depende del hijo.

—Claro.

—Porque a mí, mi hija mayor siempre está diciendo ‘Mamá, si no fuera por ti...’

—Sí, a mí también.”

(BARCELONA, SIN CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

Por su parte, con independencia de que no se explicita, el discurso teórico de padres y madres sí incluye el reconocimiento. Precisamente es la nueva paternidad y maternidad la que sitúa a los hijos ante el espejo de lo que son y han sido sus padres, algo que procura que el reconocimiento respecto a su figura alcance otra dimensión, y se valore mucho más una labor que quizás antes pasaba más desapercibida, o se daba por hecha sin atender al sacrificio y la dificultad que entraña.

—“Padre: Yo cuando tuve a mi hijo valoré un montón a mis padres. No los tenía valorados... A ver, los tenía valorados porque para mí son muy buena gente, pero un abrazo de tu hijo no lo valoras... o sea, hasta que no te da un abrazo tu hijo a ti, no valoras lo que siente tu padre por dar un simple abrazo, ¿sabes? Y ahí sí lo valoré un montón.”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

En el terreno más práctico, atendiendo a las dificultades de tiempo y dedicación a la familia que plantean matrimonios con largas jornadas laborales, es común escuchar a padres y madres cosas como que “si no fuese por mi madre no podría trabajar”. Ante tal evidencia, existe la tendencia a situar ese agradecimiento por encima de otras muchas cosas que en los debates teóricos ejemplifican buena parte de los desencuentros. Es decir, que la constatación de que sin los abuelos resultaría muy complicado afrontar el cuidado de buena parte de los nietos provoca que se repriman determinadas discusiones que quizás en otras familias, con otras circunstan-

cias (con posibilidades de contratar a *niñeras* o *canguros* que se encarguen de los niños, o simplemente porque sólo trabaja un miembro de la pareja y el otro se ocupa permanentemente de los hijos) sí se producirían. En estos casos, las consideraciones respecto a la tendencia de abuelos y abuelas a *malcriar* a los nietos, siempre presentes en el primer plano de las discusiones entre abuelos y padres, pierden fuerza, asumidas como contrapartida de una situación que no puede ser de otra manera, o que no se plantea que sea de otra manera.

—Padre: Yo pienso que no se lo podré estar agradeciendo toda mi vida, lo que están haciendo con mis hijos, y vale, tenemos que tener en cuenta que a lo mejor hay veces que lo malcrían, mil cosas, pero que siempre... yo personalmente, tanto a mis padres como a mi suegra les tendré que estar agradecido... Yo con mi suegra... podré tener cosas en contra de ella, un montón. Pero en muchos aspectos le tengo muchísimo que agradecer.

—[...]

—Padre: ...El tema de las chuches y esas cosas, pero es que tampoco les puedo decir nada... Porque es que me puede decir, te coges tú a tu hijo y le cuidas tú."

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

—Madre: Bueno, yo la verdad también es que tengo dos niños, y si no fuese por mi madre, pues no podría trabajar. O no sabría, la verdad, dónde ubicarlos, porque claro, mi marido y yo trabajamos, y eso, si no fuese por mi madre..."

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

Ese *precio a pagar* por parte de los padres (si se permite la expresión), se asume como algo natural, consustancial a la naturaleza de la familia y al reparto de roles en cada etapa vital. Tras el inicial, rápido y explícito señalamiento de la necesidad de no aprovecharse, esclavizar, ni abusar de la confianza y la buena voluntad de los abuelos y abuelas, se esconde un argumento que sustenta buena parte de los comportamientos y hábitos cotidianos: "en ocasiones, no hay más remedio".

—Madre: Yo podría estar, como yo digo, yo a mis suegros los tengo al lado del colegio de mis hijos. Y yo podría decir que los dejo en casa de sus abuelos y ellos que se hagan cargo. Pero yo no quiero esclavizar a unas personas que han estado trabajando toda la vida, y que ahora, porque su hijo y porque su nuera quieren trabajar y quieren ganar mucho dinero..."

—Madre: Depende del trabajo, depende del trabajo también que tengas."

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

—Padre: *No obligados directamente, pero vamos, que tengo un niño y ya sé que se lo va a quedar mi madre.*

—Padre: *O puedes preguntar. ‘Oye, ¿tienes algo que hacer?’ Pero ya sabes que al final, tienes algo que hacer significa quedáteles.*

—Moderador: *O sea, que creéis que ellos sienten que no pueden decir que no.*

—Padre: *Yo pienso que sí.*

—Madre: *Moralmente sobre todo, quizá.*

—Madre: *Yo creo que se sienten obligados.*

—Padre: *Yo creo que nunca me han dicho que no más que con alguna cosa de fuerza mayor, que tenga que ir al médico o cualquier cosa. Si no, ella procura de cambiar, vamos, mi madre o mi suegra, de cambiar todo lo que sea para quedarse con los nietos.”*

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

Cuando padres y madres hablan de los auténticos conflictos con los abuelos, lo suelen hacer tomando como referencia el valor autoridad y la capacidad de ejemplificación respecto a los niños. Así, la principal preocupación, casi obsesión de muchos padres, es procurar mantener su estatus como figuras de referencia, sin que otros adultos que quizás pasan más tiempo con los niños (caso de muchos abuelos y abuelas) suplanten ese estatus o les resten autoridad.

—Madre: *Yo lo que impuse fue que si alguna vez delante de ellos los regaña-ba, que no le dijera ninguno, ‘Ay, pobre mi hijo, no.’ Fue lo único. Que luego yo sé que a mis hijos en su casa los tratan de una manera, y mis suegros los tratan de otra.”*

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 0-5)

—Padre: *Los abuelos son un apoyo... Los padres son los primeros que tienen que dar la educación.”*

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

Esta lucha por mantener la autoridad y por cuidar del propio territorio (en ocasiones incluso físico: “mi casa”) ya ha sido desarrollada en otros pasajes de este informe. Pero hay que añadir, atendiendo a los argumentos de padres y madres, que en no pocas ocasiones se señala a los abuelos y abuelas como los máximos responsables de los desencuentros, por atribuírseles una tendencia a acaparar todas las cuestiones relativas a las dinámicas familiares y a las relaciones entre sus miembros. Tendencia que se interpretaría originada por la autopercepción de los abuelos y

abuelas como “cabezas de familia”, con todas las atribuciones y responsabilidades que implica la internalización de ese rol.

—Madre: *No, es que muchas veces dicen eso, que somos nosotros los culpables de que dejamos a los niños ahí con los abuelos, pero es que muchas veces yo creo que los abuelos son los culpables.*

—Abuelo: *Sí.*

—Madre: *Porque quieren aquí acaparar todo, organizar tu vida y organizar la vida de tus nietos y de todo.*

—[...]

—Abuelo: *Hay abuelos que quieren acaparar, nosotros, mi mujer y yo, jamás en la vida hemos tratado de acaparar los niños hacia nosotros y que abandonen un poquito los padres. Nunca. Y cuando yo me enfrento a mi nuera por cosas de éstas que he comentado jamás en mi vida se me ha ocurrido delante de los niños decirle ‘Oye, tú, ¿por qué haces eso?’.*”

(GT ABUELOS-PADRES, NIÑOS 5-10)

Finalmente no podemos dejar pasar por alto una cuestión respecto a la cual parece existir un acuerdo generalizado, las más de las veces —como ya se ha mencionado— para poner de relieve el esencial papel de la mujer respecto a la educación de los hijos y al equilibrio familiar, pero también, no se puede negar, como forma implícita de perpetuar o dar continuidad a determinadas posiciones de ventaja de los hombres (que así se descargan de determinadas responsabilidades). Nos referimos a todos los argumentos que inciden en la conformación de la idea de la familia como una institución caracterizada por el matriarcado, en el sentido de que es la madre la que dota de equilibrio y estabilidad a la familia, y sirve de nexo de unión entre sus miembros. Perspectiva que, conviene señalarlo, adopta esta visión desde el momento en que sitúa a los niños y a su educación como eje del desarrollo familiar, dejando a un lado cuestiones de otro tipo, que seguramente determinan espacios de poder en otras parcelas de la familia (sobre todo las que tienen que ver con los aspectos económicos). Por ello, ante la existencia de una madre, y siempre desde esta perspectiva, el clima general incide en que es ella quien lleva las riendas del día a día de la familia¹.

Esta observación de la familia tradicional como un sistema de matriarcado presenta varios aspectos a considerar. En primer lugar, centrándonos en el tema que nos

1. En todo momento nos referimos a familias formadas por la unión de un hombre y una mujer, que tienen descendencia. No estamos en disposición de abordar otros modelos familiares, que sin duda procurarían aspectos de análisis mucho más diversos y complejos.

ocupa, que la abuela se situará en lo más alto de la pirámide, como referencia familiar de primer orden. Y en este sentido se habla tanto de la experiencia que otorga haber pasado con anterioridad por las situaciones que ahora afrontan los padres y de la perspectiva que otorga el paso de los años, como de lo que se entiende que es una eterna encarnación del rol de madre, que propicia que sigan intentando proteger y cuidar de sus hijos (y, por extensión, de toda la familia) aunque éstos sean ya adultos y hayan creado estructuras familiares independientes.

—“Mi hija es de las que llaman a mi mujer, cuando ahora que está empezando la niña, hace meses, que está empezando a comer, mamá esto sí, mamá esto lo otro, y de camino, la chavala que está allí también lo va aprendiendo. Vale más la experiencia de la abuela. Si se pone mala, que ahora ha estado malita...

—Hombre, siempre los consejos de la abuela...

—...no sé, se siente más segura cuando sabe que está la madre...

—Hombre claro, la voz de la experiencia.

—Hombre, sobre todo la madre, la nuera quizá...

—Llame a su madre.

—...llame a su madre.

—Claro, claro.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

En segundo lugar resulta tremendamente significativo, por la presencia que adquiere en los discursos y la unánime aceptación de la idea, que en base al planteamiento de la familia como matriarcado se afirme con rotundidad que de forma bastante habitual las relaciones entre las abuelas y las nueras se basan en la confrontación, en la lucha por el poder. Como si se diera por hecho que el padre de los nietos estará en un irremediable segundo plano (con una indulgencia que llega a legitimar el alejamiento de los nietos de los abuelos paternos), y que en las dinámicas educativas las verdaderas tensiones se producirán entre quienes desempeñan el rol de madre, una desde la maternidad directa y otra desde la experiencia legitimadora. Tanto es así, que en casi todos los grupos realizados se enunció, de forma espontánea, un viejo dicho popular (no sin mala intención) que afirma aquello de “los hijos de mi hija nietos míos son, los de mi hijo quién sabe de quién son”².

2. En este sentido, en *Doble dependencia* (op. cit.; pág. 139) se señala que “cuando se ha analizado el cuidado de nietos por parte de los abuelos en el conjunto de países europeos se ha encontrado un perfil más sesgado al cuidado cuando los nietos son descendientes de hijas y no de nueras (o menor cuidado ante los descendientes de hijos frente a yernos). Este efecto no es significativo para España, si bien se comprueba que el signo del coeficiente es positivo para el total de hijas y negativo para el de hijos.”

—*Una nuera es una nuera.*

—*Para los abuelos no, quizás entre mujeres sí.*

—*Cada casa es un mundo, eh.*

—*Hay una gran diferencia, y normalmente entre las mujeres, aunque poquito, siempre hay algo.*

—*[...]*

—*En mi caso, mi hija se llevaba a las mil maravillas con su suegra hasta que llegó la criatura, en cuanto llegó la criatura las relaciones entre nuera y suegra cambió radicalmente... entonces qué ha pasado, si se ha quedado algún día la niña, su suegra la quiere moldear a su manera y a mi hija no le ha parecido bien, han discutido, se han llegado a pelear y ahí se ha girado la cosa de mala manera. Y a lo mejor yo le digo lo mismo, pero como soy su madre, a mí me dice ‘Mamá, esto o lo otro.’*

—*Claro.*

—*Claro, claro.*

—*Y si me enfado a la media hora está ‘Perdóname’ y tal. Pero claro, a su suegra no.*

—*Es que no viene a cuento... hay un dicho que es, fuera de lugar, la primera vez que lo oí pensé, que qué mala sombra la persona que... ‘Los hijos de mi hija nietos míos son, los de mi hijo quién sabe de quién son.’*

—*Es un refrán de toda la vida.*

—*Yo trato más con mi yerno y tengo más confianza con él para decirle las cosas, decir ‘Oye, esto lo estás haciendo mal’... pues se lo digo. A mi nuera no puedo decirle ‘Esto lo estás haciendo mal.’*

—*Se lo toma fatal, ja ja.”*

(BARCELONA, CON CANGURO,
TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 0-5)

—*Mi yerno no me pone problemas, estaría bueno si me pusiera problemas.*

—*Uy, y si se los pone, que los críe él.*

—*Pero el caso es que yo no se los estoy criando en el sentido de...*

—*No, no.*

—*...ni mucho menos, pero que hay personas que no quieren, sobre todo las nue-ras con las suegras, hay algunas que ponen impedimentos...”*

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREKA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—*Cuando se casa una hija, ganas un hijo y cuando se casa un hijo, lo pierdes.*

—*[...]*

—*La nuera, pues [...] a la madre pues por lo que su madre le ha enseñado, es lógico que tenga sus costumbres, las costumbres de su madre. Los hombres, por*

regla general la mayoría, se acostumbran a las mujeres. ¿Tu mujer hace esto? Pues tu hijo hará así porque es lo que dice la mujer. Y tú que eres madre piensas, 'Si yo a mi hijo lo quiero ver feliz, con lo que haga su mujer...bien hecho está' Porque no voy a consentir yo que mi hijo se pelee con su mujer por su madre."

(BARCELONA, SIN CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10)

En tercer lugar, y como contrapartida a la situación reflejada en el anterior párrafo, se establece una relación especial entre la abuela y su hija, que se interpreta en clave muy diferente de la que se da entre los abuelos y sus hijos o hijas, e incluso entre las abuelas y sus hijos. Relación que, además de sustentarse en los lazos de amor y afecto está basada en el compartido rol como madres y en la común sensibilidad en torno a cuestiones que giran alrededor de la maternidad, la manera de educar a los niños y el funcionamiento de la familia (todo lo cual no implica que no exista un continuo *toma y daca* entre ambas). Según cuentan, tal relación en ocasiones puede llegar a situarlas en confrontación con maridos y yernos. Por ello no es extraño escuchar a abuelos o padres que algunas parejas y matrimonios encuentran uno de los focos de discusiones en el hecho de la alianza abuela-madre frente a sus parejas.

"—La mujer siempre tira para la madre.

—Sí.

—Sí.

—Sí, claro.

—Y cuando tienes un hijo, como la mujer tira para allá, las mujeres en ese aspecto somos más malas, la verdad...

—Bueno.

—Ja ja.

—No malo, y tal... pero está la figura de la suegra que a lo mejor es mejor que tu madre, pero luego tú te arrimas a tu madre.

—A ver, pero es normal.

—Ya, es normal... pero cuando tú lo hiciste no lo veías. Pero cuando te toca..."

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

"—No, es que [los hombres] no somos valientes y entonces, marcarle el terreno no se lo marcamos. Sino que lo que hacemos es hablar, utilizar la lengua para hablar, y claro, llega por ejemplo el caso, mi hija, y entonces llega mi mujer, ahí eso ya es completa, ahí el tío tiene que tragar..."

—Claro.

—Quina y...

—Y claro, porque ve que la hija se entrega a la madre, y la madre, son 50 años de experiencia y...

—...dominado las mujeres.

—En ese aspecto, sí. Y bien dominado. Hay veces que ese dominio que dicen de la mujer, porque nosotros cada uno queremos nuestro espacio, nuestra independencia. Evidentemente. Pero también la de ella.

—Claro.

—Claro. Nosotros, yo creo que todos, o casi todos, al final, como ha dicho él, pueden más dos tetas que dos carretas. En el tema ése, la mujer se lo lleva casi siempre al huerto. ¿Por qué? Porque ellas nacen sabiendo.

—Además que mentalmente son más fuertes.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

—“Mira, yo te voy a decir. Tengo una relación con mi hija superestrecha. Yo sé que ella sin mí... Bueno, a la hora de la verdad nunca hay nadie imprescindible, pero esa cría me utiliza y me llama absolutamente para todo; y yo a ella, que es la que tengo aquí también...”

(OVIEDO, SIN CANGURO, TRABAJAN
PADRE Y MADRE, NIETOS 5-10, CLASE BAJA)

CAPÍTULO OCHO

Conclusiones

“—Los abuelos somos polivalentes, y servimos para todo, y podemos estar en todos sitios, y podemos llevarlo todo para adelante, y somos...

—Hombre, yo creo que por regla general somos un descanso para nuestros hijos.”

(SEVILLA, CON CANGURO, SÓLO TRABAJA
UN MIEMBRO DE LA PAREJA, NIETOS 0-5, CLASE ALTA)

La cita, transcripción literal sacada de uno de los grupos de discusión realizados, explica perfectamente la sensación que sobrevuela el discurso mayoritario de abuelos y abuelas: la de formar parte de una generación de personas mayores cuya dedicación familiar contribuye, de forma decisiva, al equilibrio y al sostenimiento económico de la sociedad. Sensación fácilmente contrastable, por otra parte. Abuelos y abuelas “para todo”, que cubren las ausencias de unos padres y madres con escaso tiempo para atender muchas de las rutinas que implican el cuidado diario de sus hijos y que se encomiendan a la figura salvadora de los más mayores como única manera de mantener su estatus socioeconómico y su calidad de vida. Por tanto, abuelos y abuelas que, por lo general, pasan mucho más tiempo con sus nietos, tienen mayor presencia en su cuidado cotidiano y adoptan mayores responsabilidades en determinadas parcelas de su educación.

Tal es el punto de partida y telón de fondo de sus percepciones y expectativas. Mientras tanto, los padres y las madres desarrollan argumentos que, más allá de los posibles desencuentros que originan materias tan sensibles como la educa-

ción de los más pequeños, se impregnan de un trasfondo de agradecimiento (o simple convicción de que “su ritmo de vida” no sería viable sin la concurrencia de los abuelos), que diluye cualquier otra consideración o roce en un tono de condescendencia.

Asumir la importancia central de su rol social sitúa a abuelos y abuelas ante diversas tesituras, ligadas a dimensiones distintas: responsabilidad, disfrute y obligación.

Responsabilidad porque aceptan vivir en una época en la que tanto hombres como mujeres trabajan fuera de casa y cumplen exigentes horarios laborales que dificultan atender determinadas labores relacionadas con el cuidado de los hijos. Es entonces cuando ellos y ellas, poseedores del bien máspreciado en una sociedad hiper-ocupada y sobre-estresada (el tiempo), ofrecen ese tesoro para que el equilibrio familiar no se resquebraje. Más aún en tiempos de crisis económica, donde los recursos familiares que se pueden dedicar a que alguien externo a la familia cuide de los niños (*canguros*), o a centros especializados para ello (guarderías, escuelas infantiles...) escasean, o son directamente inexistentes. La situación extrema la encontramos en las familias que se ven obligadas a dejar su hogar y volver a casa de los abuelos, camino de vuelta que tiene lugar tras algunas situaciones de paro prolongado y/o divorcios o separaciones en el seno de familias de clase media-baja.

Disfrute porque, a pesar de asumir que son una figura de referencia, encaran el cuidado de sus nietos y nietas desde una posición bien diferente a la que supuso en su día su papel como educadores de sus hijos e hijas: la presencia habitual propicia que asistan a todas las etapas del crecimiento de los pequeños, pero sin los quebraderos de cabeza que supone asumir la principal y básica responsabilidad educativa, sin la necesidad (en general) de tener que arañar tantas horas al reloj para cumplir con su cometido, y con la perspectiva y la tranquilidad que otorga la experiencia de haber pasado anteriormente y con la mayor cercanía por el crecimiento de sus propios hijos e hijas. La perspectiva es tan distinta que resulta muy habitual escuchar entre los abuelos y abuelas cómo ellos (los abuelos, varones), en muchas ocasiones, disfrutan ahora de todas las cosas de las que no pudieron disfrutar respecto a su hijos e hijas cuando eran niños, por estar ausentes (trabajando), o porque la propia concepción social del rol masculino respecto a la educación de los hijos no propiciaba la expresividad afectiva y la desinhibición que ahora sí muestran respecto a los nietos.

Claro que la contrapartida de ese disfrute viene cuando no nos limitamos a considerar el hecho de que pasar tiempo con los nietos es una fuente de alegría y felicidad para los abuelos y abuelas. Si entrar en una edad más madura permite alcanzar mayores espacios de dedicación a lo personal, en base a las menores responsabilidades familiares y laborales, hacerse cargo de tareas sobrevenidas, generalmente

no esperadas pero que se asumen sin aparente queja, deriva en que esos abuelos y abuelas tienen una menor oportunidad de disfrutar del tiempo que teóricamente los adultos llevan toda la vida esperando, tras haber cumplido con las responsabilidades que supone la madurez. Es entonces cuando aparecen las renunciaciones (a las cosas que se podrían hacer con más libertad) y se pone de manifiesto un importante sentimiento de abnegación, como si el papel que les ha tocado desempeñar resultara una carga que se autoimponen.

Por un lado, porque todo ese esfuerzo (incluso físico, en el caso de las personas más mayores) y esas renunciaciones parecen compensar, en base al amor y afecto que reciben de los más pequeños, y a la alegría que supone su compañía y la presencia en su proceso de crecimiento (tanto, que algunos llegan a decir que rejuvenece). Pero sobre todo porque lo asumen como algo prácticamente consustancial a su rol y que entra en el paquete de lo que supone ser abuelo y abuela hoy en día: la familia tiene que estar ahí para apoyar y ayudar en lo que se pueda, y eso hacen. Como referente máximo de un modelo de familia extensa que cada vez parece tener menor presencia, los abuelos y abuelas asumen su papel de elemento aglutinante que equilibra y otorga continuidad a esa forma de familia.

En esta tesitura, entre los propios abuelos y abuelas surge un debate alrededor de las renunciaciones. Debate que en el fondo no es tal pues se articula en torno a un discurso que aglutina el acuerdo mayoritario, pero que funciona como válvula de escape de todos los aspectos que consideran injustos de su situación, o cuando menos manifiestamente mejorables. Nos referimos a la diferenciación que realizan entre el hecho de que puedan brindar su ayuda para las situaciones en que los padres realmente no tienen otras opciones al alcance de su mano a la hora de cuidar a los hijos, y el hecho de que los abuelos y abuelas se sientan sistemáticamente obligados a desempeñar ese papel, para alivio de sus hijos. *Obligación* (tercero de los elementos enunciados) que no parte de una imposición explícita, pero que los propios abuelos y abuelas parecen incorporar para responder a lo que la sociedad demanda de ellos.

En este sentido, existe acuerdo generalizado en torno a la necesidad de imponer límites que racionalicen la obligación; de manera clara, aceptando su participación como cuidadores de los nietos sólo en las situaciones en que verdaderamente sea necesario, cuando el padre y la madre tienen auténticas responsabilidades (laborales, principalmente), no para que éstos puedan disfrutar de su tiempo libre a costa del de los abuelos y abuelas. Tal es el planteamiento teórico, pero incluso en el seno de un argumento mayoritariamente aceptado surgirán personas que quiten hierro al hecho de que, de vez en cuando, se queden al cuidado de los nietos para que los padres puedan disfrutar de más ocio. Parecería, cuando se escuchan cosas como éstas, que incluso cuando los hijos ya han formado su propia familia, a algu-

nos padres y madres les cuesta desprenderse de la tendencia a la sobreprotección de sus “niños” (que ya sobrepasan la treintena y tienen su propia familia).

Evidentemente, para dimensionar esta vivencia de obligación resulta esencial considerar el hecho de que los abuelos tengan que cuidar habitualmente (a diario o casi a diario) de los nietos, algo que estará en clara y directa relación con la clase social y con la posición económica de la familia. Estas circunstancias se traducen en que tanto el padre como la madre tengan la necesidad de trabajar fuera de casa, con horarios incompatibles con algunos cuidados de los niños, y en la imposibilidad de dedicar el dinero necesario para contratar a personas que realicen la labor de cuidado sustituto. Los abuelos en estas circunstancias serán mucho más claros y directos en la exposición de la necesidad de establecer los límites que protejan su tiempo personal, frente a otros abuelos y abuelas que subrayan el deseo de pasar más horas con sus nietos y aceptan gustosos quedarse con ellos mientras los padres disfrutan de tiempo libre.

La diferenciación es tan clara y los argumentos son tan distintos, que de los primeros llegamos a escuchar que se sienten esclavos de sus responsabilidades y considerarán tener la vida hipotecada por ello, mientras entre los segundos es habitual escuchar lamentos por no ver a sus nietos todo lo que quisieran (sobre todo cuando hay separaciones o divorcios de por medio, o existen desencuentros entre abuela y nuera, algo que se plantea como relativamente habitual en un clima familiar teñido de matriarcado). Por ello no es posible hablar de abuelos en general, y es necesario distinguir claramente entre los abuelos y abuelas que cuidan de sus nietos regularmente y los que lo hacen ocasionalmente o no lo hacen.

En cualquier caso, lo que sí es cierto es que unos y otros, cuiden con mayor o menor frecuencia de sus nietos, asumen que actualmente los padres pecan de cierto egoísmo, en el sentido de que se han instalado en la comodidad que supone saber que cuentan con el comodín de los abuelos, que “te sacan las castañas del fuego” cuando es necesario y permiten mantener un nivel y una calidad de vida que, sin su ayuda, no podría sostenerse. Es decir, que buena parte de las necesidades que parecen empujar a los abuelos a adoptar un papel más relevante en el cuidado diario de los nietos, a estar más presentes, serían necesidades creadas por una dinámica social que asume sin mayores miramientos que los abuelos y abuelas forman parte del mecanismo que permite sustentar esas necesidades. En definitiva, padres y madres que priorizarían formar parte de un sistema que les empuja a delegar determinadas responsabilidades respecto a su hijos, a cambio de mantener un nivel adquisitivo que algunos abuelos y abuelas sospechan ficticio.

Todo lo comentado genera entre los abuelos y abuelas la convicción de estar viviendo nuevos tiempos en relación con su rol social, y fundamentalmente en con-

traposición a los referentes que tenían en relación con la figura de quienes fueron los abuelos y abuelas que marcaron su infancia. Es decir, que durante toda su vida han crecido y madurado observando e interiorizando la figura de unos abuelos cuyo simbolismo y significado parece hoy en día haber perdido el lugar como referente social, familiar, cultural y en valores. Por ello, cuando ellos y ellas han llegado a ser abuelos y abuelas lo han hecho desde la sensación de haber tenido que reinventar su propio rol y significado, adaptando los recuerdos y referentes que tenían a una época que parece más exigente con su labor e implicación. En este sentido muchos de ellos se sienten desubicados al considerar que encarnan valores de otra época, e incluso maneras de entender las relaciones familiares y sociales que pertenecen al pasado (el modo en que se establece la relación entre los nietos y los abuelos, por ejemplo, antes más distante y respetuoso, ahora más cercano y con mayor confianza). La convicción encuentra su refuerzo en el propio imaginario colectivo, caracterizado por un discurso de padres y madres que asumen que los abuelos encarnan esos valores “de verdad” como parte de la estrategia a partir de la cual encuentran la justificación que sostiene que se deleguen algunas responsabilidades en ellos: no hay por qué preocuparse, porque lo harán mejor que yo (“si me educaron a mí en su día...”).

La sensación de desubicación se refuerza también por el hecho de que al mismo tiempo que resulta evidente su mayor presencia en el cuidado cotidiano de los nietos, y su importancia como referente de primer orden para éstos, ello se hace desde el convencimiento colectivo de que “la educación es cosa de los padres”; mientras, en torno a los abuelos y abuelas sigue funcionando el estereotipo (asumido por ellos mismos como modo de depurar responsabilidades educativas) de que están para *malcriar* (ceder ante algunos caprichos y procurar un clima amable y escasamente autoritario con los niños), algo que llegan a aceptar los padres como mal menor y efecto colateral inevitable ante el que no pueden objetar nada, por sentirse en deuda y en dependencia clara de los abuelos.

Es decir, que pese a que su presencia es constante (siempre hablando de los casos en los que lo es, que sin duda representan una proporción importante), sus atribuciones educativas parecen quedar en el limbo de una indefinición que tampoco parece incomodar a ninguna de las partes: el acuerdo implícito pasa por el hecho de que los abuelos no resten autoridad a los padres ante sus hijos, y ambas partes parecen encontrar ventajas en la situación (los padres porque siguen contando con la ayuda de los abuelos cuando la necesitan, y los abuelos porque encuentran en ello la justificación para acercarse a los nietos desde cierto consentimiento que nadie les echará en cara realmente). En este sentido, abuelos y abuelas aceptan mantenerse en un discreto segundo plano en relación a lo que entienden son las verdaderas responsabilidades educativas, pero desde la posición de quienes siempre están disponibles.

Finalmente, y a pesar de asumir su posición en ese segundo plano, lo cierto es que no podemos dejar de señalar que entre no pocos abuelos y abuelas emerge un discurso que incide en el desencanto que provoca el hecho de que socialmente no parece existir un reconocimiento adecuado de la labor que desempeñan. Y cuando decimos socialmente no podemos dejar de pensar que se refieren a sus propios hijos e hijas, a quienes tienden a disculpar repetidamente (en el sentido de que entienden sus necesidades y sienten su agradecimiento sin necesidad de que se expliciten) pero que no dejan de encarnar la manera en que la sociedad adulta trata y valora a sus mayores. Abuelos y abuelas que están convencidos de pertenecer a una generación aislada, que cuidó de sus hijos y ahora cuida de sus nietos (con el convencimiento de que hace lo que quiere pero que no puede no quererlo), pero que se siente insegura cuando se pregunta quién cuidará de ellos y ellas cuando llegue el día en que sea necesario.